

Leyendo a Duval

Después de lo trans

Dr. Fabián Coitinho



A Elizabeth Duval, que pidió réplica y la merece.

Leyendo a Duval

Después de lo trans

Dr. Fabián Coitinho

Resumen

Seis ensayos sobre *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario* (La Caja Books, 2021), de Elizabeth Duval, escritos a medida que leía el libro capítulo por capítulo. Cada uno se sostiene solo y puede leerse sin los otros; juntos recorren el libro entero, de los prolegómenos al epílogo. Existe una versión en inglés, reescrita y no traducida.

Nota sobre la edición

Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021, edición digital (ISBN 978-84-17496-50-0). Como la edición digital no tiene paginación fija, las referencias van por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra. Las notas de cada ensayo están al final de ese ensayo y su numeración empieza en cada uno.

Índice

I. Encontrar no es ser

II. Ser vista no es ser

III. Un concepto que no existe

IV. La desPreciada falta de argumentos

V. Ningún caballito de mar es yegua

VI. El cuerpo, después de todo (o uranista, por las dudas)



I

Encontrar no es ser

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (I): los prolegómenos y el primer capítulo*

Dr. Fabián Coitinho

1. Una autora harta de su etiqueta

Elizabeth Duval abre *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario* con una frase que ninguna editorial de teoría queer pondría en la contratapa: "Estoy hasta el coño de lo trans".[1] El libro salió en España en 2021, y según una nota de la propia autora quedó casi terminado en agosto de 2020, en pleno debate sobre el anteproyecto de ley trans.[2] Duval era muy joven y hacía años que los medios la presentaban como "activista trans", una etiqueta que en las primeras páginas rechaza con furia y con gracia: en todo caso sería "pasivista", porque no hace nada que merezca el nombre, y pregunta si Ana Botín es feminista militante por ser mujer y salir en las noticias. Detrás de la broma hay una pista que el libro promete desarrollar. Duval no está segura de que eso que llaman "gente trans" exista como categoría congruente.[3]

Este texto es el primero de una lectura capítulo por capítulo, y se ocupa de los prolegómenos y del primer capítulo, "Adquisición y autodeterminación del género: tener contra ser". Vale la pena leerla con cuidado por una razón poco frecuente en este campo. Duval no hace el mamarracho de decir "soy mujer porque digo que soy mujer". Sostiene lo contrario: que el sujeto no se inventa soberanamente, que llega tarde a su propia constitución, que la identidad se le impone antes de que pueda elegir nada. Para eso usa el psicoanálisis lacaniano y la teoría de la sujeción de Judith Butler, y arma con ellos una crítica de la autodeterminación del género más seria que casi todas las que se escriben desde el feminismo que la rechaza.

Compro buena parte de esa crítica. Pero la crítica echa a la voluntad por la ventana y deja la interioridad intacta, sentada en el mismo sillón. Y el historicismo con el que Duval explica la multiplicación de las identidades trans necesita una invariante que ella nunca nombra, porque la única disponible es el cuerpo sexuado. Al final queda algo más: los mecanismos que ella presenta como universales describen con bastante precisión la incongruencia, y nada más que la incongruencia.

2. La lengua que se aprende sin elegirla

El capítulo arranca por la historia. Siguiendo a la historiadora Joanne Meyerowitz, Duval reconstruye un choque de principios del siglo XX entre una ciencia europea que hablaba de bisexualidad humana, de rasgos masculinos y femeninos mezclados en proporciones variables, y una psicología estadounidense que sostenía dos sexos separados y trataba a las personas trans como enfermos mentales.[4] Desde los años cuarenta, el estudio de la intersexualidad le dio fuerza a la idea de un "sexo psicológico" más arraigado que el cuerpo, y de ahí salió la lógica que todavía rige: si el alma no se cura, se corrige la carne. Duval llama a eso "neoplatonismo de género"[5] y hace una observación muy fina. El relato del cuerpo equivocado, con su cerebro de mujer atrapado en un cuerpo de hombre, desciende en línea directa de aquella medicina, y la desciende empeorada, porque perdió la idea de proporción y quedó más binario que el original. El activista del *Born This Way* y el médico de 1940 son parientes cercanos, y ninguno de los dos lo sabe.

Para definir el género, Duval toma la enumeración de la socióloga Judith Lorber, que lo descompone en instituciones y en rasgos individuales, pero se aparta de su constructivismo total y acepta la incertidumbre sobre el peso de la biología con la respuesta de la bióloga Anne Fausto-Sterling: "más o menos, quizá, posiblemente".[6] Sobre esa base levanta su modelo. El género se adquiere como se adquiere una lengua, por modelos y repetición, sin que nadie elija la propia. Y la lengua cambia con la

historia. La entrada de las mujeres al mercado de trabajo y la separación entre sexo y reproducción relajaron los códigos del género, que según ella "se han banalizado",[7] y una lengua más laxa produce hablantes distintos. Por eso hay más personas trans que hace veinte años: ni porque siempre existieron y recién ahora las vemos, que es la tesis que Duval rechaza expresamente, ni porque alguien las haya inventado por capricho.

La analogía es buena y demuestra algo importante: que una identidad puede ser adquirida sin ser voluntaria. Pero no demuestra todo lo que Duval le hace demostrar. Yo no elegí hablar castellano, pero el castellano existe con independencia de mí, tiene hablantes que me preceden, reglas públicas y criterios para decidir si efectivamente lo hablo. ¿Cuál es el equivalente de eso para ser mujer? Duval escribe, como si fueran sinónimos, "adquisición del género o adquisición de la diferencia sexual",[8] y en esa conjunción se le desliza el capítulo entero. Aprender los códigos de la feminidad, que es lo que describen Lorber y Fausto-Sterling, es adquirir competencia en un registro. La diferencia sexual no es un registro, ni siquiera para los lacanianos en los que ella se apoya. Y si se estira la analogía, se le vuelve en contra. Una lengua se puede aprender tarde y muy bien, pero el hablante nativo detecta el acento, y nadie se vuelve uruguayo por hablar un rioplatense perfecto. Hablar una lengua y pertenecer a una clase definida por otra cosa son dos hechos distintos, y la analogía, bien usada, muestra justamente esa distancia.

Si el criterio público termina siendo la identificación imaginaria del sujeto, el sentimiento interno que el capítulo echó por la ventana vuelve a entrar por la puerta, mejor vestido. Duval nunca expulsó la interioridad; expulsó la voluntad. Donde antes se decía "soy mujer porque lo decido", ella dice "soy mujer porque me identifiqué así sin decidirlo", y el lugar donde se decide la cuestión sigue siendo el mismo: adentro. Su propio testimonio lo confirma. "Sería incapaz de levantarme de la cama si tuviera que vivir el resto de mis días como si fuera un hombre"[9] es un informe de interioridad en estado de máxima pureza, y es el argumento que ella pone a trabajar.

3. El cuerpo entra por la puerta de atrás

El corazón teórico del capítulo viene de la psicoanalista Patricia Gherovici, para quien lo trans "no es una experiencia del tener, sino una estrategia del ser".[10] Duval adopta su definición: la identidad sexual "no está determinada por la biología ni por ningún factor innato", se aprende a través del lenguaje y de las identificaciones, y "se construye en torno a una pérdida, de una pérdida que es dada en el momento inaugural en el cual se nos asigna un sexo". Duval se separa de Gherovici en un solo punto: admite un componente biológico en la receptividad a esos mensajes, en cuán predispuesto está alguien a aprender ciertos elementos del idioma del género.

Conviene distinguir lo que acá se mezcla. Biología puede querer decir cromosomas, hormonas y desarrollo cerebral, es decir, la biología como causa de una identidad. Puede querer decir también la materialidad del cuerpo, la biología como material sobre el que se inscribe un sentido. El psicoanálisis puede prescindir de la primera, y hace bien. No puede prescindir de la segunda, y la propia cita de Gherovici lo delata, aunque su vocabulario lo disimule. Gherovici habla de un sexo que "se nos asigna", y yo rechazo esa expresión. El sexo de un recién nacido se observa y se registra; el verbo asignar convierte esa constatación en un acto de autoridad, como si la partera repartiera destinos en lugar de mirar un cuerpo. Pero aun en el vocabulario de Gherovici, eso que ella llama asignación se hace mirando genitales, y la pérdida en torno a la cual se construye la identidad es la pérdida de una posición que

se lee en un cuerpo que alguien vio. El falo no es el pene, de acuerdo, y se puede distinguir con provecho entre el sujeto que porta un pene y el sujeto que porta el falo. Pero la distinción necesita el pene para tener sentido, y el significante fálico toma su soporte imaginario del órgano por razones que no son arbitrarias: es visible, se levanta y cae, se puede perder. La castración presupone algo que castrar.

El lacaniano tiene una respuesta, y es la que usa Gherovici: en las fórmulas de la sexuación del Seminario XX,[11] la posición masculina o femenina no depende de la anatomía, y un cuerpo de varón puede inscribirse del lado femenino. Pero esas fórmulas se escriben en relación con una función que lleva el nombre de un órgano, y no por casualidad. Duval, en cualquier caso, ni siquiera llega a esa discusión. Su concesión a la biología va toda del lado de las hormonas y la receptividad, del lado de la causa. El cuerpo como material no aparece en su capítulo, aunque entra por la puerta de atrás en cada cita que ella elige.

4. Encontrar no es ser

La mejor frase del capítulo es esta: "encontrar no es elegir".[12] Duval la escribe para responderle a quienes sostienen, como la divulgadora española Rosa María García, que el género es siempre autodeterminado, en las personas trans y en todas las demás. Y la funda en una tesis historicista que toma de David Halperin contra John Boswell: las identidades son históricas, y un griego antiguo que hoy llamaríamos heterosexual no lo sería necesariamente si naciera ahora.[13] Que alguien encuentre su identidad en el repertorio que su época le ofrece no convierte ese hallazgo en una decisión. En una nota lo condensa en una fórmula que podría servir de lema para el libro entero: "el sujeto no es nunca lo que quiere ser, sino lo que puede ser".[14]

Pero encontrar tampoco es ser. Yo puedo encontrar una descripción en la que me reconozco hasta el fondo, que organiza mi experiencia y que no elegí, porque me llegó por lecturas, por una canción, por una familia, por el humor de una época. Puedo descubrir, por ejemplo, que soy un revolucionario. Vivo en Pocitos, uso un Cartier en la muñeca y me la creo entera: soy el Che. La identificación es sincera, involuntaria y constitutiva de cómo me vivo, y sin embargo no hace de mí un revolucionario. Duval desmontó con mucha sofisticación la idea de que uno es lo que decide ser, y termina en un lugar donde una identidad no elegida tiene, misteriosamente, fuerza constitutiva.

Ella misma parece saberlo. En una nota de un capítulo posterior escribe que "todas las identidades, no solo las estratégicas, son ficciones compartidas (por ende, convenciones)".[15] Si la identificación es una ficción compartida, no tiene fuerza ontológica, y no hay nada que discutir. Pero otra nota de este capítulo dice que decirse hombre o mujer "es un efecto de serlo por causas exteriores a la afirmación posterior", y que "nadie es nada por decir que lo es o por voluntad".[16] Ahí hay un ser que antecede al decir. ¿En qué consiste? El capítulo da una sola respuesta explícita, tomada de la socióloga Eva Illouz: ser mujer es "ocupar una posición dada en el mercado sexual", ser valorada como objeto por partes, por el culo, las tetas y las piernas.[17] La ontología de Duval es posicional, y la posición la otorgan otros.

5. Construida, pero por quién

La frase decisiva del capítulo dice que el individuo "es mujer porque su identificación imaginaria se ha desarrollado de tal manera, incluso a pesar del individuo; y lo es, también, porque exteriormente, y sobre la base de una relacionalidad, se le ha construido como tal".[18] Hay dos maneras de leerla. Puede

ser una descripción de cómo se hacen las mujeres en general, y así la presenta Duval al cerrar: "lo que he expuesto aquí puede aplicarse a cualquier persona".[19] Leída así, es Beauvoir, y se puede aceptar. Puede ser también una condición que la mujer trans tiene que cumplir para ser mujer, y entonces se abre un dilema. Si la construcción relacional es necesaria, la mujer trans a la que el mundo sigue tratando como varón no es mujer. Si no es necesaria, queda sola la identificación imaginaria, y volvemos a la interioridad del segundo apartado.

Duval no elige, pero el texto la delata. En la sección sobre lo virtual admite que la adquisición del género puede ser "corrupta, alterada o *glitcheada*" y que en ese caso "no se corresponde necesariamente con el sexo asignado al nacer y tampoco se identifica con el género de lectura en la relacionalidad cotidiana".[20] La fórmula del sexo asignado es suya, y ya dije por qué no la acepto; lo que importa acá es la segunda mitad de la frase. Duval reconoce que la identificación puede ir por un lado y la construcción social por otro. Y en el único lugar donde la construcción relacional la comprometería, que es su infancia, declara una amnesia oportuna: "he olvidado todo lo que compone mi socialización en el género".[21] El argumento le hace falta justo en el tramo de su vida que dice no recordar.

Hay algo más de fondo. Toda construcción social de alguien como hombre o mujer descansa sobre lo que aparece. Antes de cualquier juicio, el cuerpo del otro se nos presenta sexuado. Vemos una cara del objeto y co-mentamos las que no vemos, lo que Husserl llamaba apresentación,[22] y en un cuerpo humano lo co-mentado incluye el sexo. El predicado se puede forzar: un pronombre, un documento, una cortesía. Lo que aparece antes del predicado no se legisla. Cuando lo que aparece es un cuerpo de varón, construirlo como mujer es colocarle un predicado encima, por buena educación o por ley. Cuando lo que aparece es un cuerpo que pasa, concedo lo que hay que conceder: la percepción entrega una mujer, sin que nadie fuerce nada. Pero entonces lo logrado es una apariencia, y la apariencia de algo no es ese algo. El cuerpo sexuado sigue siendo lo que es, se muestre o no. En una nota de otro capítulo, Duval cuenta, como prueba de su privilegio, que en Francia le dicen *madame* o *mademoiselle*. En su propio esquema, eso es lo que la construye como mujer.[23] Una ontología que depende de la cortesía del mozo es una ontología con fecha de vencimiento en cada mesa.

6. La butch, el marica y la travesti

Hay que ser justos antes de pegar. Duval no dice que la lesbiana *butch* de otra época fuera en realidad un hombre trans que no tenía el concepto para darse cuenta. Dice lo contrario. Rechaza la tesis de que las personas trans siempre existieron, afirma que "no es de recibo establecer una equivalencia estricta entre ser mujer trans hoy y ser travesti en aquellos tiempos", y llama construcción mitológica a la costumbre de convertir a Juana de Arco en persona trans. Su historicismo le impide la proyección retroactiva más burda.

Pero no le impide otra más sutil. Duval escribe que existencias "que otrora habríamos denominado, por ejemplo, como lesbianas *butch*", hoy "encuentran otra forma perfectamente aceptable de existir en tanto que hombres trans",[24] y que lo mismo puede ocurrir entre "una existencia marica y una existencia en tanto que mujer trans". En la nota sobre las travestis de mediados del siglo XX agrega que "probablemente habrían sido aquello que hoy se les ofrecería la posibilidad de ser".[25] La butch, el marica y la travesti quedan así como borradores de una misma existencia que en nuestra época encontró su forma lograda. Si yo hablara el idioma de los colectivos, diría que eso los invisibiliza. Me alcanza con decir que los anexa.

El antropólogo Don Kulick convivió durante meses con travestis de Salvador de Bahía a mediados de los noventa, y lo que registró no encaja en ese esquema. Aquellas travestis no se decían mujeres. Se entendían como homosexuales que buscaban la feminidad en el cuerpo y en la presentación, no renegaban de su historia como varones y miraban con desconfianza la cirugía genital: su pene era parte de su vida sexual y no un error a corregir.[26] Leerlas como mujeres trans incompletas, que habrían llegado a serlo si la época se lo hubiera permitido, es pasar por encima de cómo ellas mismas se entendían, con la autoridad de una teoría que dice respetar la experiencia.

Y el historicismo tiene un costo que Duval no paga. Si la butch de ayer y el hombre trans de hoy son dos formas de una misma existencia, algo persiste debajo del cambio de nombre. ¿Qué? La identificación no puede ser, porque según ella es histórica. La categoría tampoco, porque según ella es convención. Lo que queda cuando se restan las dos cosas es un cuerpo de mujer con una presentación y un deseo que no coinciden con lo que se esperaba de ese cuerpo. El historicismo de Duval presupone el sexo como constante, y lo presupone justo en el pasaje donde lo necesita para explicar el cambio. De paso le regala al feminismo que ella va a discutir en el capítulo siguiente su premisa empírica favorita, la absorción de las butch por la categoría trans. La describe con las mismas palabras que sus adversarias, y solo cambia el adjetivo: donde ellas ven una pérdida, ella ve una forma "perfectamente aceptable".

7. Del cerebro rosa a Tumblr

La parte más original del capítulo es la que trata de lo virtual. Después de una primera sedimentación en la infancia y en la casa, dice Duval, la transmisión del género pasa a los medios, y cada vez más a la existencia en línea. En foros, redes y juegos de rol masivos, uno puede cambiar cómo lo tratan los demás con una enunciación o con un avatar, y ese segundo contexto de relaciones modifica el primero. De ahí la adquisición *glitcheada*, y de ahí también, según ella, la cercanía entre las mujeres trans jóvenes y la informática, que no sería un estereotipo casual.[27] Ella misma se incluye: estuvo a punto de ser la chica trans informática de *Sense8*.

Que internet abrió posibilidades nuevas de identificación es casi indiscutible. Que eso explique causalmente el aumento de las identidades trans es otra cosa, y Duval no ofrece un solo dato. Hay que reconocerle que no lo vuelve causa única: lo de fondo, para ella, sigue siendo la relajación de los códigos. Y hay que reconocerle también el coraje, porque en 2020 una autora trans estaba sosteniendo que la multiplicación de identificaciones trans se transmite en parte socialmente, por pantallas, una hipótesis muy cercana a la que la médica Lisa Littman había publicado en 2018[28] y que en ese momento convertía a quien la mencionara en sospechoso. Pero una hipótesis presentada con tono de explicación sigue siendo una hipótesis. Sin cuidado, se hace el viaje inverso al del *Born This Way*: antes todo estaba en el cerebro, ahora todo estaba en Tumblr. Cambiamos un mamarracho causal por otro más posmoderno.

Lo que lo virtual sí explica, y Duval casi lo dice, es por qué es terreno fértil. Ella habla de libertad negativa: en línea hay menos obstáculos que en la calle. El obstáculo que falta tiene nombre. En una pantalla, la imagen y la voz llegan separadas, recortadas, con mucha menos información sensorial de la que trae un cuerpo en la misma habitación. La apresentación está empobrecida, y el predicado que uno se pone no choca con la carne que lo desmentiría. Lo virtual no revela una identidad escondida; retira el cuerpo que la contradice.

8. El cuerpo en silencio

El capítulo termina con una frase de vocación universal: los mecanismos de adquisición del género "son, fundamentalmente, los mismos" para cualquier persona.[29] Ahí está su error más importante. Para quien no vive una incongruencia entre su cuerpo y lo que es, el sexo y el género no se viven como dos cosas. Son un continuo, una sola experiencia que no admite división. Lo único que se puede separar de ese continuo y estudiar como adquirido son los roles y los estereotipos: cómo se viste uno, cómo habla, qué trabajos se espera que haga, qué deseo se le supone. La butch y el marica viven una distancia real entre su cuerpo y el estereotipo, pero nunca entre su cuerpo y lo que son, y por eso ninguno de los dos concluye que pertenece al otro sexo. El feminismo anterior a la cuestión trans y el viejo movimiento homosexual lo entendieron así, y por eso pelearon contra los roles sin postular una identidad aparte. Beauvoir, que tanto se invoca, escribió que no se nace mujer, y la frase presupone que se nace hembra: lo que describe es el destino que se le impone a un cuerpo femenino, no una identidad que flote separada de él.[30]

De ahí que yo no use el término "cis" y lo diga con todas las letras. No agrega ninguna precisión sobre las personas que no son trans, y además presupone lo que acá se niega. "Cis" nombra la coincidencia entre una identidad y un sexo, y para que dos cosas coincidan tienen que ser dos. Donde hay una sola, el prefijo describe una relación que no existe. Se presenta como etiqueta neutral y trae la ontología adentro. Prefiero hablar de personas sin incongruencia.

El cirujano René Leriche definió la salud como la vida en el silencio de los órganos.[31] El órgano se nota cuando duele, y el cuerpo sexuado, en quien no tiene incongruencia, calla. Para la persona trans no calla nunca, porque en cada situación es lo que delata. La identidad de género, como concepto, nace de esa falla y después se generaliza a todo el mundo, como si cada uno tuviera un hígado que siente. Por eso el concepto le resulta ajeno, casi ininteligible, a quien no vive una disforia: le piden que reconozca en sí mismo algo que nunca encontró.

La objeción más seria es la propiocepción. Nadie la siente, es el ejemplo perfecto de órgano en silencio, y sin embargo todos la tenemos. Se revela cuando falla, como en el caso de Ian Waterman, que a los diecinueve años perdió la sensibilidad propioceptiva por una infección y tuvo que aprender a moverse mirando su propio cuerpo.[32] La identidad de género sería igual, se dirá: muda en quien la tiene en orden, visible solo en la incongruencia. Pero la propiocepción se demuestra también en quien no la siente, porque tiene una función medible que no depende de la falla: se puede cerrar los ojos y tocarse la nariz, y se puede medir cómo el cuerpo corrige su tono y su postura. ¿Cuál es la función equivalente de la identidad de género en una persona sin incongruencia? ¿Qué hace que no hagan ya el cuerpo sexuado vivido y los roles aprendidos? Si la única prueba de que todos la tenemos es que a algunos les falla, el argumento es circular: la ausencia de falla cuenta como prueba de una función silenciosa, y nada podría contar en contra. Eso se parece menos a la propiocepción que a postular un órgano para explicar un dolor.

Tampoco es casual dónde ponen la energía las personas trans. La ponen en lo que para el resto son roles y estereotipos, y también en el cuerpo, con hormonas, cirugías y trabajo sobre la voz. Pero esas modificaciones apuntan a lo que se le presenta al otro, a la cara visible del cuerpo, y por eso no tocan el argumento. Se trabaja sobre la apariencia porque es lo único que se puede trabajar.

Lo que Duval construye en este capítulo es, entonces, una ontología de la incongruencia, y como tal tiene mérito: explica sin patologizar y sin celebrar, desconfía del voluntarismo y de la biografía heroica, y se anima a decir que la propia historia es "escritura ficcional".[33] Su error es presentarla como una teoría del género de todos. Para el resto de nosotros no hay nada que adquirir entre el cuerpo y lo que somos, porque no hay ningún entre. Duval mostró con mucho talento que encontrar no es elegir. Le faltó la segunda mitad: encontrar tampoco es ser.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), «Prolegómenos». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, nota [m] al cap. 3, «Contra la tolerancia y la estadística»: el grueso del libro quedó terminado en agosto de 2020, salvo el capítulo sobre la Veneno, añadido a fines de octubre.
3. Duval, «Prolegómenos».
4. Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2002, cap. 3, «From Sex to Gender»; seguido por Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
5. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans», donde discute a Miquel Missé, *A la conquista del cuerpo equivocado*, Madrid, Egales, 2018.
6. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género», a partir de Judith Lorber, *Paradoxes of Gender*, New Haven, Yale University Press, 1994, y de Anne Fausto-Sterling, *Sex/Gender: Biology in a Social World*, Nueva York, Routledge, 2012.
7. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género».
8. Ibid.
9. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
10. Patricia Gherovici, *Transgender Psychoanalysis: A Lacanian Perspective on Sexual Difference*, Nueva York, Routledge, 2017; citada en Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
11. Jacques Lacan, *El Seminario, libro 20: Aún* (1972-1973), Buenos Aires, Paidós, 1981, cap. VII.
12. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación», donde discute a Rosa María García.
13. David M. Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality*, Nueva York, Routledge, 1990; John Boswell, *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 1980. Duval toma partido por Halperin en cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
14. Duval, nota [a] al cap. 1.
15. Duval, nota [n] al cap. 3.
16. Duval, nota [d] al cap. 1.
17. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto», donde cita a Eva Illouz.
18. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».
19. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
20. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».
21. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
22. Edmund Husserl, *Meditaciones cartesianas* (1931), quinta meditación, §50.
23. Duval, nota [g] al cap. 2.
24. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
25. Duval, nota [a] al cap. 1, donde también rechaza la equivalencia estricta entre la mujer trans de hoy y la travesti de otra época, y la apropiación de Juana de Arco.
26. Don Kulick, *Travesti: Sex, Gender, and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.
27. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».

28. Lisa Littman, «Rapid-onset gender dysphoria in adolescents and young adults: A study of parental reports», *PLOS ONE*, 13 (8), 2018, e0202330 (versión corregida en 2019).
29. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
30. Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (1949), vol. II, primera parte, cap. 1.
31. René Leriche (1936), citado por Georges Canguilhem, *Lo normal y lo patológico* (1966).
32. Jonathan Cole, *Pride and a Daily Marathon*, Londres, Duckworth, 1991.
33. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».



II

Ser vista no es ser

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (II): "Política identitaria, la izquierda y lo trans"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Un capítulo que obliga a conceder

En *Después de lo trans* (2021), la escritora española Elizabeth Duval se propone algo raro en la teoría trans: discutir los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. En el primer capítulo atacó la autodeterminación del género con buenas armas, y llegó a una conclusión que vale la pena retener: nadie elige su identidad, se la encuentra. La primera entrega de esta lectura le respondió que tampoco alcanza con encontrarla, porque identificarse como algo, aunque sea sin elegirlo, no basta para serlo. El segundo capítulo, "Política identitaria, la izquierda y lo trans", prueba la vía contraria. Ya no busca la mujer adentro, en la identificación, sino afuera, en la mirada de los otros.

Es un capítulo difícil de criticar, por una razón que conviene confesar de entrada. Duval casi siempre parte de algo verdadero. Uno la escucha, asiente, concede, y cuando quiere acordar ella ya llegó a un lugar completamente distinto, y no hay forma de volver atrás sin desdecirse. Por eso este texto va a hacer lo contrario de lo habitual: conceder todo lo que hay que conceder, de una vez y por escrito, y aislar después la única inferencia que hace el trabajo sucio.

Lo concedido es mucho. Duval tiene razón contra la nueva regla según la cual "sobre lo que no define la subjetividad propia, hay que callar",[1] y tiene razón en que esa regla condena a las personas trans a hablar solo de su diferencia. Tiene razón cuando le dice a Janice Raymond, la feminista que en 1979 escribió *The Transsexual Empire*, que hay que abandonar la transgresión como fundamento de la legitimidad trans, porque hay vidas trans perfectamente conservadoras.[2] Tiene razón cuando le devuelve la acusación de colonialismo a quien mete a los muxes zapotecos o a los dos espíritus norteamericanos en la categoría trans, que es un invento médico y anglosajón del siglo XX.[3] Y tiene razón, sobre todo, en su mejor argumento. La violencia social funciona por esquemas perceptivos. Nadie le revisa los cromosomas a una mujer antes de manosearla en el ómnibus.[4] Una mujer trans percibida como mujer puede sufrir exactamente el mismo acoso que cualquier otra mujer; concedido, al menos para las que vienen bien tuneadas, con chapa, pintura y lifting incluidos. Todo eso está concedido.

Lo que no está concedido es el paso siguiente. De "X recibe el trato reservado a la categoría C porque se lo percibe como C", Duval pasa a "X pertenece a C". Ese salto es el que hay que obligarla a justificar.

2. Wingardium perceptatus

Si alguien confunde a un médico con un enfermero, esa percepción puede determinar por completo cómo lo trata: qué le pregunta, qué le pide, qué autoridad le reconoce, si lo deja hablar o le pide que llame al doctor. La percepción explica causalmente todo el trato. Lo que no hace es cambiarle la profesión. No hay un *wingardium perceptatus* que, con la varita de la mirada ajena, convierta al médico en enfermero.

Con el sexo pasa lo mismo, y el ejemplo más útil está en la taxonomía de la propia Duval. Supongamos un puto plumífero, afeminado sin remedio, de caderas generosas, al que un tipo percibe de atrás como mujer y acosa. La percepción explica el acoso, pero el puto no se convirtió en mujer. Ahora fijate cómo lo clasifica Duval. Ella distingue dos violencias. La estructural es la de los hombres contra las mujeres y se dirige a quien es percibida a través del esquema femenino. La correctiva castiga a quien se desvía del guion, y entre sus víctimas nombra expresamente a los "hombres excesivamente femeni-

nos".[5] El acoso a nuestro puto, por el criterio de Duval, es violencia estructural contra las mujeres: lo percibieron con el esquema de mujer. Sus categorías lo ponen del lado de las mujeres, y nadie, ella tampoco, concluiría de ahí que es una. Y si no vale para él, tiene que explicar por qué vale para otros.

El salto está en el texto, no en mi lectura. Duval parte del postulado de que "ser una mujer trans implica ser una mujer",[6] aunque lo presenta como provisorio, y unas páginas después establece que "la realidad de la categoría mujer se encontraría, entonces, del lado del género", del lado del sistema que nos lee.[7] Primero pone a la mujer trans dentro de la categoría, después pone la categoría en el sistema de lectura, y entre las dos cosas no hay ningún argumento. Hay una teoría muy buena de cómo se reconoce socialmente a alguien, presentada como si fuera una teoría de qué es.

3. La salida del "ser social"

Duval tiene una salida preparada, y conviene cerrarla antes de que la use. Al entrar en la discusión avisa: "A mí, aquí, no me interesan las identidades ni las identificaciones", y aclara que se va a centrar "exclusivamente en su ser social".[8] Podría decir, entonces, que nunca habló de pertenencia en sentido ontológico, que solo describió cómo funciona la categoría en la sociedad.

Esa salida le sale cara. Si solo describe el ser social, tiene una teoría del reconocimiento, que es justamente la que yo le concedí entera. Pero entonces no puede usarla para lo que la usa. El capítulo no se conforma con describir; quiere refutar. Duval anuncia que va a responder a la tesis según la cual la opresión de las mujeres se funda en la realidad biológica y visible del sexo, y que su respuesta "tendrá que tener el carácter de un desmentido".[9] Un desmentido sobre el fundamento de la opresión es una tesis sobre qué es lo oprimido, no sobre cómo se lo reconoce. Duval tiene que elegir. O se queda en el ser social y pierde el desmentido, o sostiene el desmentido y tiene que justificar el salto. Las dos cosas a la vez no se pueden.

4. El cuerpo que concede y el sexo que destierra

Para ordenar lo que sigue conviene separar tres preguntas que Duval mezcla. La genealogía pregunta por qué apareció la categoría mujer. El mecanismo pregunta cómo reconocemos socialmente a una mujer. El referente pregunta qué clase de entidades clasifica la categoría mujer. Duval distingue muy bien las dos primeras. Con la tercera hace algo más interesante que olvidarla: le cambia el nombre.

Duval escribe: "prefiero hablar de lo objetivo en tanto que cuerpo, en lugar de como sexo: el cuerpo es lo que es objetivo". El cuerpo existe, dice, como hecho dado y preexistente; el sexo, en cambio, operaría "mediante una construcción de asociaciones y convenciones sociales" sobre cuerpos variables.[10] Concede la invariante con el nombre de cuerpo y la destierra con el nombre de sexo. Todo lo que se le diga sobre el cuerpo lo va a aceptar, y todo lo que se le diga sobre el sexo lo va a declarar convención.

El problema es que su propia genealogía no le deja hacer esa maniobra. Para explicar de dónde salió el género, Duval recurre a la división sexual del trabajo y a la capacidad gestante, y escribe que "difícilmente puede explicarse el origen del patriarcado si no atendemos a su vinculación con una división primera entre los sexos".[11] Una división del trabajo no se hace con una convención que todavía no existe; hace falta una clase real de cuerpos que gestan y otra que no. En la genealogía, el sexo funciona

como un hecho. En el referente, de golpe, se vuelve convención. Duval usa la misma palabra en dos registros, según le convenga al argumento de turno: "el origen del género es material, pero el género en sí mismo no lo es".[12]

De ahí sale el argumento de los indicadores. Que una categoría funcione mediante indicadores perceptivos no quiere decir que esos indicadores hayan reemplazado a lo que indican. Cuando alguien percibe a una mujer por la cara, la voz, la silueta y los caracteres sexuales secundarios, esos rasgos no aparecieron en la historia por una tirada de dados. Son indicadores normalmente correlacionados con el sexo, y por eso sirven para reconocerlo. Que a veces se desacoplen, porque la medicina y el maquillaje aprendieron a fabricarlos, no prueba que el esquema haya dejado de referir al sexo. Prueba que el esquema puede ser engañado, que es otra cosa.

5. El sorprene

Duval misma ofrece el contraejemplo, y sin necesidad de ningún contrabando fenomenológico. En uno de los pasajes más sinceros del capítulo, se pregunta si una lesbiana es tránsfoba por rechazar a una mujer trans que al principio la atrajo, y responde que no. Le parece "absolutamente lógico" que la lesbiana haya presupuesto en la mujer trans "un esquema sexual subyacente que incorporara todas las características que la sociedad identifica con el sexo hembra, incluyendo la presencia de una vulva", y que el rechazo aparezca "al descubrir que la genitalidad no coincide". Agrega que le parece estéril exigirle a las lesbianas que deconstruyan su rechazo a los penes.[13] Hasta acá, honestidad intelectual que pocos se permiten.

Pero pará. ¿Qué pasó ahí? ¿A la torta le agarró un súbito ataque de pijofobia? Lo que pasó es más simple y más grave para la teoría de Duval: entró información nueva sobre el cuerpo y corrigió el esquema perceptivo anterior, y lo corrigió justo en un aspecto que importa sexualmente. Lo que podríamos llamar, con perdón, el sorprene, demuestra que la percepción inicial no había abolido la referencia al cuerpo. Había hecho una inferencia tácita sobre el cuerpo, y esa inferencia resultó falsa.

Duval podría responder que la corrección ocurre dentro del esquema, que el esquema tenía una vulva imaginaria y la perdió. ¿Y qué la corrigió? El esquema no se corrige con otro esquema; se corrige con el cuerpo. Un esquema que el cuerpo puede desmentir es un esquema que refiere al cuerpo. Si el esquema fuera autónomo, como Duval necesita para su teoría de la violencia, el descubrimiento sería irrelevante y la lesbiana no tendría por qué perder el deseo. Duval le reconoce ese derecho a la lesbiana, y con eso le concede al cuerpo una autoridad sobre el esquema que el resto del capítulo le niega. Su mejor concesión es la mejor prueba en su contra.

La fenomenología, recién ahora, ayuda a ver por qué. No hace falta decir que la percepción es "mera apariencia". Se le puede conceder a Merleau-Ponty, a quien Duval cita,[14] que percibimos inmediatamente a una mujer y no una colección de rasgos de la que después deducimos algo. Pero que la percepción sea inmediata no quiere decir que sea infalible ni que no se pueda corregir. Vemos una bola roja y lisa; la damos vuelta y del otro lado está verde y abollada; la percepción se corrige sin pasar por ningún razonamiento. La percepción no es un juicio consciente, y tampoco es el oráculo de Delfos. Que el mecanismo perceptivo pueda equivocarse respecto del referente no elimina el referente. Al contrario: la posibilidad misma del error presupone una diferencia entre lo que parece ser y lo que es.

6. "Así tal cual la veo"

En la parte más polémica del capítulo, Duval la emprende contra una izquierda que llama "neomaterialista", la que culpa a las políticas de identidad de los males de la izquierda y se refugia en las "condiciones materiales". Se burla de su pretendido "análisis materialista", que según ella postula que las cosas son "así tal cual las toco y las veo", y le asesta lo que considera el golpe de gracia: eso sería, "curiosamente, la expresión máxima del subjetivismo",[15] una posición que no admite crítica de la percepción.

La frase es buena, y la quiero devolver con el moño puesto. ¿Qué es la categoría mujer en la teoría de Duval? Es la categoría a la que pertenece quien es leída a través del esquema femenino. Es mujer quien es vista como mujer: así tal cual la veo. La teoría que convierte la percepción en criterio de ser es la de ella. La posición que este texto defiende es la contraria: la percepción es inmediata pero corregible, y lo que la corrige es el cuerpo. El subjetivismo que Duval le reprocha a sus adversarios es exactamente el que sostiene su ontología.

7. Qué castiga el agresor

La tipología de las violencias, que es lo más trabajado del capítulo, tiene la misma grieta. Duval escribe que "una mujer no es violentada en la calle por tener vulva", sino "por la imaginación, la mirada que se proyecta en ella",[16] y aplica eso a las mujeres trans. Si un violador ataca a una mujer trans porque la percibe como mujer, es violencia estructural, aunque los genitales de la víctima no coincidan con los que el esquema del violador suponía. Y si además se siente "engañado", porque el cuerpo "tendría que haber sido" masculino, se agrega la violencia correctiva.[17]

Muy bien. Pero entonces la percepción ya no alcanza para clasificar la violencia. Para saber cuál de las dos hay, o si hay las dos, hay que reconstruir qué propiedad cree estar castigando el agresor en el momento de agredir. La víctima es la misma de punta a punta, y el daño también; lo que cambia en el medio es el objeto de la intención del agresor, que empezó yendo contra una mujer y terminó yendo contra alguien que, a sus ojos, lo había engañado sobre su cuerpo. Una teoría de la violencia que necesita saber eso ya no puede decir que todo pasa en la mirada.

Hay algo más de fondo, y es circular. Duval define la categoría mujer por la percepción, y define la violencia estructural como violencia contra la categoría mujer. Entonces "es violentada como mujer" no puede funcionar como prueba de que alguien pertenece a la categoría, porque ya estaba incluido en la definición. Que la frase sobre la vulva sea verdad en un episodio concreto no la hace suficiente como explicación del sistema. El agresor no necesita conocer la vulva de esa mujer en particular para actuar dentro de un sistema cuya clase de destinatarios se organizó, históricamente, alrededor de tener vulva. Eso lo dice la propia Duval cada vez que habla de capacidad gestante.

8. Lo que queda

El primer capítulo exploró la vía interior: identificarse como mujer, aun sin elegirlo, no basta para ser mujer. El segundo exploró la vía exterior: ser percibida como mujer, aun con todas las consecuencias que eso trae, tampoco basta. Duval recorrió con talento las dos grandes vías no corporales que existen para definir la pertenencia a un sexo, y en las dos hay que concederle mucho: las identificaciones exis-

ten, las percepciones existen, las dos son causalmente poderosas y socialmente decisivas. Concederlo no debilita la crítica. La afila, porque deja una sola pregunta en pie: qué falta, cuando ninguna de las dos alcanza.

Y ahí vuelve el cuerpo. Ya no como el garrote del votante de Vox o de la señora del Opus Dei que repite "es biología básica" como quien reza el rosario. Vuelve como la medida de las otras dos vías, lo único que permite explicar por qué la identificación y la percepción pueden acertar, divergir o equivocarse. Se puede apretar a la gorda del proverbio hasta que deje de cantar, y la invariante sigue ahí. Duval la vio, la llamó cuerpo, la declaró objetiva y la mandó al exilio con otro nombre, porque si la dejaba entrar como sexo se le caía el capítulo.

El cierre se escribe solo. Una ensayista que pasa veinte páginas burlándose del fetiche de lo "material" merece que la despidan con "Material Girl". Y con el video, que es mejor que la canción: Madonna con vestido rosa, guantes largos y collar de perlas, rodeada de pretendientes de esmoquin, imitando el número de Marilyn Monroe en *Los caballeros las prefieren rubias*. Es la copia de una copia de la feminidad, la misma cadena de imitaciones que Duval aprendió de Butler.[18] Toda esa feminidad citada, ensayada y reproducida no logra borrar a la chica material que hay debajo, y la canción, a su manera, lo sabía.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 2, «Política identitaria, la izquierda y lo trans», apartado «La posición identitaria del discurso». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Janice G. Raymond, *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*, Boston, Beacon Press, 1979 (Duval cita la introducción a la edición de 1994); Duval, cap. 2, «Introducción al feminismo transexcluyente».
3. Duval, cap. 2, «Historicidad y contexto de lo trans».
4. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
5. Ibid.
6. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
7. Ibid.
8. Ibid.
9. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
10. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
11. Ibid.
12. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
13. Ibid.
14. Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción* (1945), primera parte, cap. V, «El cuerpo como ser sexuado»; citado en Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
15. Duval, cap. 2, «Realidades materiales y neomaterialismos».
16. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
17. Ibid.
18. Madonna, «Material Girl» (1984), videoclip dirigido por Mary Lambert (1985), que recrea el número «Diamonds Are a Girl's Best Friend» de *Los caballeros las prefieren rubias* (Howard Hawks, 1953); Judith Butler, *El género en disputa* (1990).



III

Un concepto que no existe

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (III): "Contra la tolerancia y la estadística" y "Teología trans: el evangelio de la Veneno"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Ocho de cada diez

En *Después de lo trans* (2021), la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en lugar de blindarlos, y eso la vuelve una interlocutora rara y valiosa. Las dos entregas anteriores de esta lectura llegaron a una conclusión doble. En su primer capítulo, Duval mostró que nadie elige su identidad y que la encuentra en el repertorio de su época, pero identificarse como mujer, aun sin elegirlo, no basta para ser mujer. En el segundo, mostró que la violencia social funciona por esquemas perceptivos, pero ser percibida como mujer tampoco basta para serlo. Los capítulos tercero y cuarto cambian de terreno. Ya no buscan qué es una mujer trans, sino qué clase de grupo forman las personas trans, y la respuesta de Duval es la más audaz del libro: ninguno.

El tercer capítulo, "Contra la tolerancia y la estadística", arranca con Pasolini.[1] Tolerar a alguien es una forma refinada de condenarlo, porque la mayoría le concede al diferente el derecho a serlo sin dejar nunca de verlo como diferente; lo saca del gueto físico y lo encierra en un gueto mental. Duval vive esa condena con lucidez. A las personas trans se las invita a hablar en la semana del Orgullo, y solo de lo que las distingue. Después viene el centro del capítulo, una cifra que en la España de 2020 repetían ministras, agencias de noticias y divulgadores: "más del 80 % de las personas trans están condenadas al paro".[2] Duval sostiene que la cifra "surge de la nada como instrumento argumentativo a través del cual construir unas víctimas", y lo demuestra.[3] El informe europeo sobre personas trans dice que en la Unión la mitad trabaja, una de cada cuatro estudia y una de cada ocho está desempleada.[4] En una nota, Duval sigue el rastro del 80 % hasta su origen: un diagnóstico participativo hecho con 33 mujeres trans de Barcelona. El estudio español con una muestra mayor daba, para 2009, algo más del 35 %.[5]

Todo eso hay que concederlo, y con gusto. La crítica es correcta: no se puede tomar una muestra de 33 mujeres vulnerables y extender el resultado a una categoría muchísimo más amplia. También es correcta la conclusión que Duval saca de ella. Lo trans, dice, "no puede describir a un colectivo demográfica o sociológicamente coherente", y meter en la misma cifra a una estudiante de clase media que pasa desapercibida y a una mujer trans de sesenta años que hizo la calle es "un rodillo conceptual interesado".[6] Duval está acá en su mejor versión: rigurosa, de izquierda en el buen sentido, desconfiada de la compasión barata. Lo que sigue no discute sus números. Discute que el principio que usa contra los números de los demás deja de aplicarlo cuando los argumentos son los suyos.

2. Un concepto que no existe

Si un conjunto es demasiado heterogéneo para sostener una tasa de desempleo común, no hay ninguna razón para que sea más homogéneo cuando se trata de sostener una explicación común. Quien exige estratificar por edad, clase, época y *passing* antes de hablar de paro tiene que exigirlo también antes de hablar de cómo se forma una identidad. Puede ocurrir perfectamente que lo que hoy llamamos "trans" agrupe fenómenos psicológicos, sociales y biográficos causalmente distintos, que comparten solamente una etiqueta reciente. Una categoría puede ser políticamente útil y científicamente pésima. "Personas con discapacidad" funciona muy bien en una ley y agrupa mecanismos que no tienen nada que ver entre sí; a nadie se le ocurriría buscar una causa común para la ceguera, la paraplejia y la sordera porque comparten un artículo de la ley.

Lo notable es que Duval no necesita que se lo expliquen. Lo dice ella, en este mismo capítulo, con todas las letras. El rodillo, escribe, finge "una supuesta igualdad entre todas las personas presuntamente reagrupadas por un mismo concepto que no existe".[7] Un concepto que no existe. Y en una nota del mismo capítulo va más lejos: "conceptualmente lo trans no es un marco válido", y lo que tiene "una evidente utilidad política" es emplear "una identidad estratégica-trans para construir una coalición sin pies ni cabeza (a nivel teórico)".[8] Es la analogía de la discapacidad, casi palabra por palabra. Para Duval, lo trans es un paraguas político sin coherencia teórica, y lo sostiene sin vueltas.

La dificultad empieza cuando se vuelve a los capítulos anteriores con esa frase en la mano.

3. La proliferación de un paraguas

En el primer capítulo, Duval se propuso explicar un fenómeno: "la proliferación de personas trans, en nuestro marco occidental".[9] Su explicación era única y elegante. Los códigos del género se relajaron con la entrada de las mujeres al trabajo y la separación entre sexo y reproducción, y una lengua más laxa produce más hablantes que no encajan. En el segundo capítulo lo repitió como proposición formal: "la proliferación de las subjetividades trans" debe interpretarse como "una relajación o difuminación de los códigos", de modo que un cuerpo macho que debería haber recibido una socialización masculina puede adquirir una "femenina" por efecto de los medios, la escuela, la ley o la familia.[10]

Pero si lo trans es una coalición sin pies ni cabeza, "la proliferación de personas trans" no es un fenómeno. Es la suma de varios, y cada uno puede crecer por razones distintas, a ritmos distintos y en poblaciones distintas. El varón adulto que transiciona a los cincuenta y la adolescente que se declara varón a los catorce comparten una etiqueta y un formulario, y no hay ninguna garantía de que compartan una causa. Antes de que Duval escribiera su libro, la literatura clínica ya había registrado que en las clínicas de identidad de género de varios países las consultas de adolescentes habían pasado a ser mayoritariamente de mujeres; el trabajo de Aitken y colaboradores lo documentó en 2015.[11] Un cambio así en la composición de la población exige preguntarse si se está frente a un solo fenómeno que crece o frente a fenómenos distintos que se cuentan juntos. Explicar con un único mecanismo el aumento de una etiqueta que agrupa trayectorias tan dispares es exactamente lo que Duval le reprocha al 80 %: tomar una heterogeneidad real y convertirla en unidad mediante una palabra. El rodillo que denuncia en la estadística lo pasó ella en la teoría, dos capítulos antes.

Duval tiene una defensa, y hay que darle su mejor forma. En el primer capítulo dijo que los mecanismos de adquisición del género "pueden aplicarse a cualquier persona", y en una nota aclaró que estudiar por qué alguien llega a una identidad discordante "escapa sobremanera" a su ensayo; incluso sugirió que el psicoanálisis podría explicar por la forclusión "algunos casos" de mujeres trans, lo que supone admitir que hay casos distintos.[12] Podría decir, entonces, que nunca ofreció una etiología trans, sino una teoría general de cómo se adquiere el género, que vale para todo el mundo. Pero esa defensa se cobra su precio. Si su teoría no explica nada específicamente trans, no explica la proliferación, y la proliferación era lo que el primer capítulo decía explicar. Duval tiene que elegir. O el primer capítulo explica un fenómeno trans unitario, y choca de frente con el concepto que no existe del tercero, o no explica nada en particular, y su tesis sobre el aumento de las personas trans queda flotando en el aire.

4. Rigor con la cifra ajena

Hay además un doble estándar que conviene poner sobre la mesa. La misma autora que va hasta la fuente del 80 % y le cuenta las 33 encuestadas escribe en el primer capítulo, sobre el número de personas trans en el mundo, que hay una "estadística exponencial", y en la frase siguiente se corrige: "quizás exagero: estoy bastante segura de que no se trata de una tendencia exponencial, aunque sí al alza".[13] No hay un dato, ni una fuente, ni una muestra. Lo mismo pasa con su hipótesis sobre lo virtual: que los foros, las redes y los juegos de rol hayan multiplicado las identificaciones trans se presenta como explicación, sin un solo número que la respalde. Exigir la muestra al adversario y ahorrársela cuando el argumento es propio también es un rodillo, solo que gira para el otro lado.

5. El evangelio y su alma

El cuarto capítulo, añadido a fines de octubre de 2020, es una crítica de *Veneno*, la serie de Javier Calvo y Javier Ambrossi sobre Cristina Ortiz, la Veneno, la mujer trans andaluza que la televisión española de los noventa convirtió en espectáculo y que murió en 2016.[14] Duval la lee como un evangelio. La serie hace con la Veneno lo mismo que denuncia que hicieron los medios: la convierte en imagen, en ídolo, en mártir que muere por los pecados de todos y redime a las mujeres trans que vinieron después. La crítica tiene páginas brillantes, y dos objeciones precisas. La primera es que la serie pone en boca de la Veneno un dogma que nadie contradice: "si tú lo eres, lo vas a ser siempre; porque esto se lleva dentro, desde que una nace".[15] La segunda es que la anacroniza. Duval recuerda que la Veneno también dijo alguna vez que era un hombre, y duda "mucho de que jamás empleara la palabra trans" que la serie le hace decir. "Los mitos requieren anacronismos."[16]

Se podría pensar que acá Duval se contradice con su propio historicismo, porque en el primer capítulo autorizaba justamente lo que ahora reprocha: leer existencias del pasado a la luz de formas del presente. Allí escribió que existencias "que otrora habríamos denominado, por ejemplo, como lesbianas *butch*" hoy "encuentran otra forma perfectamente aceptable de existir en tanto que hombres trans", y que las travestis de mediados de siglo "probablemente habrían sido aquello que hoy se les ofrecería la posibilidad de ser". Pero hay que ser justos: su reproche a la serie no es la continuidad en sí. El capítulo empieza con Valeria Vegas niña mirando a la Veneno en la televisión, y Duval escribe que la Veneno es para ella "una referencia para su construcción imaginaria, una posibilidad, una estrategia del ser".[17] Duval misma lee a la Veneno como el repertorio en el que otra encontró su forma, y entre "podría haber encontrado otra forma hoy" y "en realidad siempre fue trans" hay una diferencia que hay que concederle. Lo que le reprocha a la serie es el alma: la idea de que lo trans se lleva dentro desde la cuna y atraviesa intacto las épocas.

Ese reproche, sin embargo, deja una pregunta que el libro no contesta. Si la butch de ayer y el hombre trans de hoy son dos formas de "la misma existencia", si la travesti de los años cincuenta y la mujer trans de ahora comparten algo que hace que una sea el antecedente de la otra, ¿qué es eso que comparten?

6. Tres respuestas para una misma existencia

Hay tres respuestas posibles, y el libro contiene dos.

La primera es la de los Javis: una esencia interior. Lo trans es un alma que se lleva desde que se nace y que cada época viste con las palabras que tiene. Es una respuesta coherente, y Duval la rechaza con toda la razón, porque es el mismo "neoplatonismo de género" que ella denunció en el primer capítulo: el cuerpo como cárcel de un alma sexuada. La segunda es la de Duval, y consiste en no tener ninguna. Rechaza el alma de la serie, y en el segundo capítulo había rechazado también el sexo, al que declaró convención. Si se le quitan la identidad, que es histórica, la categoría, que es una convención, y la autodescripción, que cambia con el repertorio, no queda nada que permita hablar de "la misma existencia". Los Javis tienen una mala respuesta; Duval no tiene ninguna.

La tercera es la que queda cuando se descartan las otras dos, y conviene formularla con cuidado, porque es fácil caricaturizarla. El cuerpo solo no alcanza para decir qué persiste. Una butch y una lesbiana femenina tienen el mismo cuerpo de mujer, y la segunda no se vuelve hombre trans en ninguna época. Lo que persiste es un cuerpo sexuado con disposiciones que no coinciden con lo que se esperaba de ese cuerpo: una presentación, un deseo, a veces una orientación. El cuerpo no es todo lo que persiste, pero es el término sin el cual "no coincidir" no quiere decir nada. La masculinidad de la butch es masculina en relación con un cuerpo de mujer; sin ese cuerpo no es desvío de nada. Por eso el cuerpo vuelve, otra vez, a entrar en el libro: como esos parientes pesados que uno despide en la puerta y a los diez minutos aparecen en la cocina con el mate en la mano.

7. Lo único firme del "nosotras"

El cuerpo vuelve, además, por boca de la propia Duval. En la crítica de *Veneno*, su objeción más honda es que la serie hermana a Valeria Vegas, periodista urbana de clase media, con Cristina Ortiz, que se crió en un pueblo, fue echada a la prostitución, consiguió hormonas en el mercado negro y fue violada por los funcionarios de una cárcel. "No puede enunciarse que, vengamos de donde vengamos, de alguna manera, todas somos la misma."[18] Duval se incluye en el contraste: ella tampoco tuvo que prostituirse ni sufrió esa violencia. Y para marcar la distancia, enumera lo que sí comparte con la Veneno: "compartiremos nuestra incapacidad gestante, compartiremos algunas experiencias en la infancia (y solo quizá), compartiremos miedos, imaginarios, pero no podremos ser la misma".[19]

Fijate en el orden. Las experiencias de la infancia vienen con una reserva entre paréntesis. Los miedos y los imaginarios son vagos. Lo primero que aparece, lo único que se afirma sin titubeo, es un rasgo del cuerpo: no poder gestar. Y la incapacidad de gestar no distingue a una mujer trans de cualquier varón; lo que la vuelve un rasgo común entre ellas, y no entre ellas y las demás mujeres, es un cuerpo de origen masculino. No es un detalle aislado. En el prólogo, Duval cuenta que escribe porque nunca podrá ser madre biológica y que el tratamiento hormonal la dejó estéril.[20] En la serie, la peor ofensa que sufre Valeria, según la propia Duval, es que la madre de su novio aluda en una cena de Navidad a su incapacidad de gestar.[21] Cada vez que el libro busca qué une a las mujeres trans, o qué las hiere, la respuesta está en el cuerpo que la teoría había mandado al exilio.

Duval tiene razón en casi todo lo que dice en estos dos capítulos. La tolerancia es una condena con buenos modales, el 80 % era humo, la serie convierte a una mujer real en una estampita y le pone en la boca palabras que no eran suyas. Pero el principio con el que desarma la estadística ajena desarma también su propia teoría, y la pregunta con la que se le reprocha a la serie su alma eterna la deja a ella sin

nada que poner en su lugar. Cuando por fin tiene que decir qué sostiene el "nosotras", lo único firme que encuentra es un cuerpo. Es el concepto que, según ella, no existe, y que sin embargo es lo único que el libro nunca consigue dejar de nombrar.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 3, «Contra la tolerancia y la estadística», donde cita a Pier Paolo Pasolini, *Cartas luteranas* (1976), «Gennariello». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, cap. 3.
3. Ibid.
4. European Union Agency for Fundamental Rights (FRA), *Being Trans in the European Union: Comparative Analysis of EU LGBT Survey Data*, Luxemburgo, Publications Office of the European Union, 2014; citado en Duval, cap. 3.
5. Duval, nota [m] al cap. 3.
6. Duval, cap. 3.
7. Ibid.
8. Duval, nota [n] al cap. 3.
9. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
10. Duval, cap. 2, «Cuatro proposiciones sobre lo trans», tercera proposición.
11. Madison Aitken et al., «Evidence for an altered sex ratio in clinic-referred adolescents with gender dysphoria», *The Journal of Sexual Medicine*, 12 (3), 2015, pp. 756-763.
12. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto», y nota [e] al cap. 1.
13. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género».
14. Duval, cap. 4, «Teología trans: el evangelio de la Veneno según Valeria Vegas (y los Javis)», sobre *Veneno*, serie de Javier Calvo y Javier Ambrossi (Atresplayer Premium, 2020).
15. Duval, cap. 4, fragmento 1.
16. Ibid.
17. Ibid.
18. Duval, cap. 4, fragmentos 6 y 7.
19. Duval, cap. 4, fragmento 6.
20. Duval, «Prolegómenos».
21. Duval, cap. 4, fragmento 6.



IV

La desPreciada falta de argumentos

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (IV): "Disputaciones con Paul B. Preciado"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Prenderse de la teta ajena

Esta es la cuarta entrega de una lectura, capítulo por capítulo, de *Después de lo trans* (2021), el libro en el que la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. Hasta acá le discutí casi todo. En este capítulo no voy a hacerlo: me prendo de la teta de Duval sin pudor, porque su blanco es Paul B. Preciado, y entre los dos no hay competencia posible.

Preciado, nacido en Burgos, radicado en París y autor del *Manifiesto contrasexual*, de *Testo yonqui* y de *Un apartamento en Urano*, es la figura más visible de la teoría queer en castellano. Duval se ganó su fama de hereje cuando dijo en una entrevista que hablar del "potencial emancipatorio del ano" sonaba muy revolucionario pero no permitía articular ninguna alternativa política, y que Preciado era "izquierda caviar":[1] alguien que escribe sobre las revueltas de Barcelona comiendo ostras en París. Tenía razón, y le sobraba. Preciado es el Che Guevara con Cartier. Propone en el *Manifiesto* la producción *in vitro* de un "ciber-clítoris" para implantar en distintas partes del cuerpo,[2] aconseja filosofar "no a golpe de martillo, sino de dildo",[3] y termina proclamando una "revolución del deseo" en una publicidad de Gucci.[4] Su contribución real a la vida de las personas homosexuales y trans tiene el impacto de poner un dispensador de tampones en el baño de hombres y declarar visibilizados a los hombres trans: hace ruido, genera indignación, sale en las revistas, y el mundo queda exactamente igual. Con una ironía que Preciado no ve: el tampón en el baño de hombres es la prueba de que existe un cuerpo que ninguna desidentificación puede declarar inexistente. Un culo abierto no derroca al capitalismo, por más bibliografía francesa que se le ponga alrededor.

Duval lo dice mejor que yo, con una nota sobre el eslogan "Abre tu culo y se abrirá tu mente": que algo haya sido reprimido no lo vuelve revolucionario.[5] Lo que sigue concede su demolición entera. Y después, cuando Duval termina y guarda el martillo, le pregunta por qué las ruinas de Preciado se parecen tanto a algunas habitaciones de su propia casa.

2. La demolición

Los argumentos de Duval contra Preciado son buenos, y vale la pena tenerlos a la vista. El *Manifiesto contrasexual* propone reemplazar el orden de la Naturaleza por un contrato en el que los cuerpos no se reconozcan como hombres o mujeres sino como "cuerpos parlantes", con acceso a todas las posiciones que la historia marcó como masculinas, femeninas o perversas. Duval responde que es una utopía sin mapa. La palabra performativa no construye la realidad que enuncia, no hay herramienta para salir del lenguaje del género, y un sujeto que pudiera ocupar todas las posiciones a la vez ya no sería un sujeto para nadie.[6] Contra *Testo yonqui*, que define a los sujetos por la sustancia que domina su metabolismo, Duval propone una reducción al absurdo: cuando faltaron en las farmacias los parches de estrógenos, mujeres trans operadas quedaron sin ninguna hormona y siguieron siendo quienes eran. La sustancia es un parche.[7] Contra el discurso ante los psicoanalistas lacanianos, donde Preciado anuncia que la diferencia sexual dará paso a otra cosa "probablemente en los próximos diez o veinte años", Duval responde que eso es fe en la caída inevitable del género, como la fe en la revolución: "Preciado es un teólogo".[8]

Y la tesis más fina: el tránsito de Preciado "no es una salida del sistema de la diferencia sexual, sino precisamente un movimiento dentro de los códigos lingüísticos del género".[9] Preciado no escapó del género; se cambió de orilla. Por eso Duval puede decirle, con su propia teoría en la mano, que hoy lo

leen como hombre y que eso tiene consecuencias. Cita el prólogo de Virginie Despentes a *Un apartamento en Urano*: desde la transición, las mujeres por la calle lo adoran, le dedican pequeñas atenciones, y cuando él dice que exagera, escribe Despentes, "eso me hace reír".[10] Duval remata: "Preciado, ahora tienes un pasaporte".[11] En los correos que publica como anexo, se lo dice de frente: "Si yo te percibiera de noche junto a un grupo de hombres, ¿crees acaso que no tendría el pensamiento de cambiar de acera?". Y cuando Preciado protesta que el suyo no es un cuerpo patriarcal, ella contesta que eso "no implica que no participe o se beneficie de dinámicas y estructuras patriarcales".[12]

Todo concedido. Preciado no puede abolir los efectos sociales del sexo declarándose cuerpo parlante. No puede salir del género con una desidentificación. La testosterona no fabrica la masculinidad. La transgresión no es una política por el solo hecho de transgredir. Duval tiene razón de punta a punta, y lo interesante empieza ahí, porque tiene razón por motivos que su propia teoría no puede pagar.

3. Lo que la mirada reparte

El argumento contra Preciado aplica la tesis del capítulo anterior de Duval: la mirada constituye el género, y a Preciado lo miran como hombre. Pero ese argumento demuestra algo más modesto de lo que ella cree, y conviene recordarlo antes de seguir. Para decir que Preciado recibe privilegio masculino no alcanza con mostrar que recibe cierto trato: hay que saber por qué ese trato se llama masculino. Y ahí vuelve la historia que la propia Duval contó en su segundo capítulo, la de una división del trabajo fundada en una diferencia entre los sexos, de la que salen la posición de los varones, sus privilegios y los rasgos por los que reconocemos a quienes suponemos varones. La mirada reparte las consecuencias sociales del sexo; no decide a quién pertenecen. Eso ya se dijo en la entrega anterior de esta lectura, y vale también acá. Lo nuevo de este capítulo está en otro lado: en el pasado de Preciado, que Duval declara invisible y no deja de mencionar.

4. Constitutivo en el ensayo, irrelevante en el correo

Preciado dice vivir "como-si-fuera-un-hombre" y no "siendo-un-hombre". Duval pregunta dónde reposa esa diferencia y responde que solo en "la memoria y el recuerdo o trauma" de un pasado distinto. Y la desactiva con una frase: "En la calle no hay recuerdo".[13] El cuerpo de Preciado se percibe en un "presente radical" que lo toma por hombre y olvida cualquier existencia anterior.

Muy bien. Pero un par de páginas después, la misma Duval escribe que Preciado atesora el recuerdo de la lesbofobia y la misoginia que sufrió, y que "todo eso ha construido a Preciado y todo eso es constitutivo".[14] El pasado es constitutivo. Y en los correos, cuando Preciado lo invoca para defenderse, Duval le contesta: "La lucha cotidiana o pasada no sirve necesariamente para analizar el funcionamiento en presente del sistema en relación con la posición que tú ocupas".[15] En el ensayo, la memoria constituye a Preciado; en el correo, no sirve para entender su posición. Depende de qué lado del ring esté parada Duval cuando escribe.

La frase "en la calle no hay recuerdo" es verdadera en un sentido muy limitado: el desconocido del metro no conoce la historia de quien tiene enfrente. De ahí no se sigue que esa historia no forme parte de la realidad social de esa persona. El que me cruza por la calle no sabe a qué me dedico, ni dónde me crié, ni qué me pasó a los quince años, y nada de eso deja de existir hasta que alguien se entera. Una persona que empezó su transición a los 44 años no tiene la biografía social de un varón al que leyeron

como varón desde la cuna, aunque hoy reciba parte del mismo trato. Confundir lo que el observador sabe con lo que el observado es vuelve a ser confundir el conocimiento con el ser, que es el error que esta lectura le viene señalando a Duval desde la primera entrega.

5. El braille de la piel

Lo más notable es que Duval sabe dónde está ese pasado. En el mismo párrafo donde explica que la calle olvida, escribe que el pasado de un individuo o de un cuerpo se conoce "en las relaciones íntimas", "en el sexo, en el tacto, en la lectura, en el braille que encontramos en la piel del otro".[16] La historia está escrita en el cuerpo, y se lee con las manos.

Esa frase hace más trabajo que capítulos enteros del libro. Duval no dice que el pasado desaparezca; dice que la mirada de un desconocido no llega hasta él, y que llega el tacto. Lo que la calle no ve, la cama lo encuentra. Es exactamente lo que le pasaba en el segundo capítulo a la lesbiana que descubría un pene donde el esquema había supuesto una vulva: la información sobre el cuerpo reorganizaba lo que la percepción había dado por hecho. Duval le concede al cuerpo, en una imagen de una belleza notable, la memoria que su teoría le niega. El cuerpo no es una superficie que cada mirada vuelve a escribir desde cero. Es un texto en relieve, con una historia que se puede leer si uno se acerca lo suficiente.

6. La amnesia de la fiscal

Y hay algo todavía más ácido. Duval le reprocha a Preciado que se aferre a su pasado. En el primer capítulo, cuando le tocó hablar del suyo, escribió que no podía contar su infancia porque había "olvidado todo lo que compone mi socialización en el género".[17] La autora que borra su propio pasado es la que le exige a Preciado que deje de recordar el suyo. Para él, el presente radical; para ella, la amnesia. Preciado quiere conservar su cuerpo de origen como memoria y como trinchera; Duval quiere disolverlo, el de él en la mirada ajena y el suyo en el olvido. Los dos tropiezan en el mismo lugar, y el tropiezo tiene la misma forma: tratar el cuerpo de origen como algo que se administra con el relato, conservándolo o borrándolo según convenga.

7. "Excepto si saben"

El que le da a Duval la mejor objeción es Preciado, sin quererlo, en los correos. Escribe: "Es cierto que en la calle ya no me molestan los tíos; excepto si saben que soy trans".[18] La segunda mitad de la frase vale oro. Hay dos escenas. En la primera, un hombre mira a Preciado y cree ver a otro hombre, y lo deja en paz. En la segunda, el mismo hombre se entera de que Preciado transicionó, y el trato cambia. El cuerpo visible es el mismo en las dos escenas. Lo que cambió es la información sobre la historia de ese cuerpo.

El presente radical no alcanza, entonces, ni siquiera en la calle. La mirada trabaja con hipótesis sobre el cuerpo y su historia, y esas hipótesis se corrigen cuando llega un dato. Lo que Preciado sufre cuando saben es lo que Duval, en su segundo capítulo, llamó violencia correctiva, la que castiga a quien se desvió del guion. Su propia taxonomía describe lo que le pasa a Preciado, y esa violencia necesita, para dispararse, un dato sobre el cuerpo de origen. La mirada sola no alcanza ni para la violencia que Duval clasificó.

8. Tan vulnerable como cualquiera

En el primer correo, Preciado escribe: "Yo siempre seré trans. Siempre tendré el cuerpo trans que tengo y eso me vuelve tan vulnerable como cualquier persona trans".[19] Después del capítulo anterior de Duval, esa frase tendría que haber durado un segundo. Duval había mostrado que lo trans no forma un colectivo sociológico coherente, y había desarmado la cifra que circulaba en España según la cual el 80 % de las personas trans estaba condenado al paro, una cifra que salía de una muestra de 33 mujeres. "Tan vulnerable como cualquier persona trans" es prima hermana de esa cifra. Cristina Ortiz, la Veneno, que terminó en la prostitución y fue violada en la cárcel, Duval en su departamento de París, Preciado con su contrato de Gucci, un adolescente no binario y un hombre trans al que nadie distingue de cualquier otro no tienen la misma vulnerabilidad porque compartan una palabra. Las dos frases convierten una coalición heterogénea en una clase homogénea cuando conviene.

Duval no lo deja pasar del todo. En un correo le recuerda que no se pueden igualar sus violencias ni las de él con las de "una mujer trans de tránsito más tardío en relación con el trabajo sexual", y Preciado se repliega enseguida: "No estoy igualando violencias. Sería absurdo".[20] Pero el argumento central de Duval va por otro lado. Lo que la separa de Preciado, dice, es que la opresión de las mujeres trans no viene "exclusivamente por el hecho de ser cuerpo vulnerable en tanto que trans", sino de "misoginia".[21] Para pegarle a Preciado, Duval deja de lado la categoría trans y recurre a la división entre hombres y mujeres. Cuando tiene que explicar quién oprime a quién, la frontera que le sirve es la del sexo.

9. Las ruinas de la casa

La demolición de Preciado deja a la vista lo que esta lectura viene juntando desde el principio. En la primera entrega, Duval mostró que nadie elige su identidad, pero no que identificarse con una categoría baste para pertenecer a ella. En la segunda, explicó cómo la mirada distribuye el trato social, pero confundió ser reconocida con pertenecer. En la tercera, demostró que lo trans no tiene coherencia teórica, después de haber explicado su proliferación como si fuera un fenómeno único. En esta, tiene razón contra Preciado: nadie sale del cuerpo con un discurso. Y si la voluntad no decide el género, si la identificación no decide la categoría, si la mirada no decide la pertenencia, si la farmacia no decide el sexo y la desidentificación no saca a nadie de él, el cuerpo está haciendo cada vez más trabajo en el libro mientras Duval le sigue negando el lugar que ese trabajo exige.

Duval le demuestra a Preciado que no puede borrar con palabras el cuerpo que los otros ven. Lo que no admite es que tampoco se borra con olvido el cuerpo que los otros no ven: el que se lee en braille, el que aparece cuando saben, el que ella misma llama constitutivo cuando le conviene. Preciado lo guarda como reliquia y Duval lo tira al río, y los dos descubren que vuelve. Por eso las ruinas de Preciado se parecen tanto a las habitaciones de la casa de Duval: ella derribó la del vecino con una herramienta que también apuntaba a sus propios cimientos.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 5, «Nadie sabe lo que puede un ano emancipador: disputaciones con Paul B. Preciado», donde reproduce su entrevista con Víctor Lenore en *Vozpópuli*. La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.

2. Paul B. Preciado, *Manifiesto contrasexual* (2000), Barcelona, Anagrama, 2011; citado en Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
3. Ibid.
4. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
5. Duval, nota [p] al cap. 5.
6. Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
7. Duval, cap. 5, «Clínica de desintoxicación testosterónica», sobre Paul B. Preciado, *Testo yonqui*, Madrid, Espasa, 2008.
8. Duval, cap. 5, «Diálogo entre monstruos parlantes», sobre Paul B. Preciado, *Yo soy el monstruo que os habla*, Barcelona, Anagrama, 2020.
9. Ibid.
10. Virginie Despentes, prefacio a Paul B. Preciado, *Un apartamento en Urano*, Barcelona, Anagrama, 2019; citado en Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
11. Ibid.
12. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correos de Duval del 10 de noviembre de 2019 (02:39 y 02:55).
13. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
14. Ibid.
15. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correo de Duval del 10 de noviembre de 2019 (03:12).
16. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
17. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
18. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correo de Preciado del 10 de noviembre de 2019 (02:50).
19. Ibid., correo de Preciado (02:29).
20. Ibid., correo de Duval (02:41) y de Preciado (02:55).
21. Ibid., correo de Duval (02:39).



V

Ningún caballito de mar es yegua

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (V): "Inciso sobre el sujeto del feminismo"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Tanto ruido

Esta es la quinta entrega de una lectura, capítulo por capítulo, de *Después de lo trans* (2021), el libro en el que la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. Su sexto capítulo interviene en lo que ella llama "el mayor cisma del feminismo español":[1] la pelea que estalló en 2020 entre las feministas que rechazan la autodeterminación de género y el activismo trans, con Lidia Falcón preguntando si "es de izquierdas hormonar a un niño para que cambie de sexo", Paula Fraga llamando a la teoría queer "institucionalización de la misoginia" y el PSOE repartiendo un argumentario contra ella.[2]

Hay cosas que conceder, y se conceden con gusto. Duval defiende "el derecho de un fascista a llamarme travelo de mierda"[3] en las redes y el de Lidia Falcón a decir lo que piensa sin multas ni tribunales, porque censurarlos los convertiría en mártires. Es una posición liberal valiente en un campo que suele pedir castigo. Y su análisis político tiene mucho de cierto: el PSOE trata el feminismo como patrimonio propio, Unidas Podemos le había arrebatado el Ministerio de Igualdad, y la pelea por la hegemonía de una izquierda sobre otra explica buena parte del volumen del debate. "Esto, más que otra cosa, va de política."[4]

El problema es lo que Duval hace después con ese diagnóstico. En la primera mitad del capítulo discute con las filósofas del feminismo de la igualdad (Amelia Valcárcel, Luisa Posada Kubissa, Ana de Miguel) y concluye que sus críticas tienen muy poco contenido: "Tanto ruido [...] para que al final le queden tan pocas nueces".[5] Y en la segunda mitad explica el conflicto por la guerra de partidos. El paso de una cosa a la otra es una falacia genética. Que a Carmen Calvo le conviniera agitar la cuestión contra Irene Montero explica por qué el debate llegó a los titulares; no dice nada sobre quién tiene razón. La historia de por qué alguien defiende una tesis no la vuelve falsa. Y hay nueces, muchas, en un lugar que Duval no quiso mirar.

2. La estrategia y la clase

Duval cree haber encontrado la gran concesión de sus adversarias. Posada Kubissa admite que "nadie, ni tampoco las mujeres, nace con una identidad dada y que determine sus necesidades", y propone una política feminista en torno a una "identidad estratégica-mujeres".[6] Duval lo celebra: si la identidad es estratégica, se puede discutir, y entonces el feminismo que excluye a las mujeres trans habría sacralizado una estrategia.

Pero identidad estratégica y pertenencia a una clase son dos cosas distintas, y Posada habla de la primera. La identidad política de un movimiento puede ser una estrategia, discutible y revisable, mientras la clase a la que esa estrategia se refiere sigue definida por algo que no es estratégico. El movimiento obrero puede discutir cómo articular su identidad política; nadie concluye de ahí que la clase obrera sea una ficción a la que se entra por declaración. Duval confunde la identidad con la clase, igual que en sus primeros capítulos confundía la identificación y la percepción con la pertenencia.

Y cuando Valcárcel define el feminismo como la lucha contra "la desigualdad más antigua y más onerosa de todas, la justificada por el sexo", contra el poder del "colectivo genérico de los varones sobre el colectivo genérico de las mujeres",[7] no está confundiendo términos, como sugiere Duval. Usa

"género" para el trato social que reciben los cuerpos según su sexo, que es el uso correcto. Lo que falta, entonces, es lo que Duval nunca da: una definición de mujer que no dependa de la identificación, ni de la mirada, ni de una estrategia. Acá va una.

3. Lo que sabe el caballito de mar

Biológicamente, el sexo no es un atributo aislado sino un lugar en una relación: la reproducción sexuada. Y en esa relación los dos lugares se definen por el tipo de gameto. Uno produce gametos pequeños y móviles; el otro, gametos grandes e inmóviles. Eso se llama anisogamia, y es lo que define a machos y hembras en toda la naturaleza, de las algas a los mamíferos.[8]

El caballito de mar lo enseña mejor que cualquier manual. En esa especie es el macho el que lleva los huevos fecundados en una bolsa, los incuba y los "pare". Hace todo lo que el sentido común asocia con la maternidad, y sigue siendo macho, porque produce gametos pequeños. Gestar no lo convierte en hembra.[9] Su lección es simple y devastadora para buena parte de la teoría de género: el sexo no depende de lo que uno hace, ni de lo que siente, ni del papel que cumple en la crianza. Depende del gameto hacia el que está organizado su cuerpo. Ningún caballito de mar es yegua, por más que geste.

Ese es el primer piso de la definición. El segundo piso explica por qué en la especie humana esa diferencia se volvió destino.

4. Quién puede irse

En 1972, el biólogo Robert Trivers formuló la teoría de la inversión parental: todo lo que un progenitor pone en una cría para aumentar sus chances de sobrevivir, al costo de lo que podría poner en otras crías futuras.[10] Lo decisivo, mostró Trivers, no es el sexo en abstracto sino quién invierte más. El que invierte más se vuelve el recurso escaso; el que invierte menos compite por acceder a él. Richard Dawkins lo popularizó en *El gen egoísta* con una imagen cruda: alguien tiene que quedarse con la cría en brazos, y la tentación de irse la tiene el que menos perdió.[11] La teoría no dice que los machos abandonen; dice que abandona el que está menos atado. Por eso, en las especies donde el macho incuba, la balanza se mueve.

En la especie humana la balanza no tiene ninguna ambigüedad. La fecundación es interna, la gestación ocurre en un solo cuerpo, dura nueve meses, el parto pone en riesgo la vida, y durante toda la historia vino seguido de años de lactancia. Los padres también invierten, y mucho; la crianza, en el mejor de los casos, es tarea de dos. Pero la inversión del padre es facultativa y la de la madre es obligatoria. Lo mínimo que pone un varón para tener un hijo es una célula y un par de minutos; veinte, como mínimo, si se precia de buen macho de la especie. Lo mínimo que pone una mujer es su cuerpo durante nueve meses. Un polo puede inseminar e irse; el otro queda ligado. Llamo a esto la asimetría de salida. Hasta cuando una mujer decide interrumpir un embarazo, esa salida pasa por su cuerpo: es un procedimiento sobre ella, no sobre él.

La historia humana es la historia de cómo las sociedades administraron esa asimetría. El culto de la virginidad, el adulterio castigado de un solo lado, la esposa estéril devuelta a su familia y el viejo refrán que lo resume todo: "Los hijos de mis hijas, mis nietos son; los de mis hijos, serán o no".[12] El patriarcado puede describirse como el sistema que ató al polo sin salida y le dejó la puerta abierta al otro. Duval lo sabe, y lo escribe en su segundo capítulo: "Difícilmente puede explicarse el origen del patriarcado si

no atendemos a su vinculación con una división primera entre los sexos", y en concreto a la "capacidad gestante".[13] Lo que no acepta es la consecuencia: si el sistema nació de esa relación, la clase a la que oprime es la que ocupa ese lugar en ella.

5. Úteros con patas

Acá llega la objeción de siempre: las mujeres no son úteros con patas. Totalmente de acuerdo. Una mujer es muchísimo más que su capacidad de gestar, del mismo modo que un trabajador es muchísimo más que su salario. Pero si se borra el salario de la teoría, no se puede explicar la explotación. Y si se borra el cuerpo que gesta de la definición de mujer, no se puede explicar la opresión que el feminismo nació para combatir. La definición no dice lo que una mujer vale; dice qué lugar ocupa en una relación.

Esto responde, además, la objeción central de Duval. Según ella, el feminismo que defiende el sexo cae en un "identitarismo del sexo" que "construye una experiencia única del ser mujer, ligada con vivencias del cuerpo tales como la regla o la maternidad",[14] y que excluye a las mujeres que no viven esa experiencia. Pero la definición que propongo no depende de ninguna experiencia. Una mujer que nunca fue madre, una mujer estéril o una que ya no menstrúa no comparten la vivencia de la maternidad, y siguen ocupando el mismo lugar en la relación, porque su cuerpo está organizado hacia el mismo polo. La esterilidad, en ellas, es una privación, en el sentido aristotélico: les falta algo que por su clase les correspondería, como al ciego le falta la vista.[15] Las variaciones raras del desarrollo sexual no cambian nada de esto: son excepciones dentro de un sistema de dos polos, y una clase biológica no se disuelve porque existan casos fronterizos, como el día no se disuelve en el crepúsculo.

6. El otro polo

La consecuencia llega sola. Una mujer trans, en la inmensa mayoría de los casos, tiene un cuerpo organizado hacia el polo que tiene la salida. Que jamás se le ocurra usarla es otra cuestión, y no está en discusión. Lo que está en discusión es la organización de su cuerpo, y ahí el argumento tiene dos mitades. La negativa: le falta la organización femenina, y esa falta no es una privación sino una ausencia, como la vista en la piedra; nunca perteneció a su clase. La positiva, más fuerte: tiene la organización del otro polo. No está fuera de la relación, como estaría algo neutro; está del lado opuesto de la relación que define a la categoría. Incluirla en la categoría mujer no amplía sus bordes: mete adentro, por decreto nominal, al polo con salida, en una categoría cuya historia entera es la del polo que no podía irse.

La objeción previsible es que las hormonas esterilizan. La propia Duval cuenta en su prólogo que el tratamiento la dejó estéril.[16] Pero la respuesta es la misma que vale para la mujer estéril, y tiene que valer por simetría: lo que cuenta es la organización del cuerpo, no la función de hoy. Si la mujer estéril no deja de estar en el polo que gesta, la mujer trans esterilizada no deja de estar en el otro. Cualquier otra respuesta sería un doble estándar. Y no es casual que, cuando Duval busca en otro capítulo qué tiene en común con otras mujeres trans, lo primero que nombra sea justamente "nuestra incapacidad gestante":[17] el rasgo que comparten es el del polo del que vienen.

La prueba más elegante, sin embargo, la dan los hombres trans. Su cuerpo está organizado hacia la gestación, y algunos gestan. Pero la testosterona que usan para masculinizarse está contraindicada en el embarazo, porque masculiniza al feto.[18] El hombre trans que quiere cumplir la función hacia la que

su cuerpo está organizado tiene que suspender, durante meses, lo que lo hace parecer hombre. Para gestar tiene que dejar de producir el artificio y dejar trabajar a la naturaleza. El caballito de mar gesta y sigue siendo macho; el hombre trans que gesta confirma que nunca dejó el polo que gesta.

7. Lo que habría de ser el cuerpo de una mujer

Lo más notable es que Duval, en este mismo capítulo, escribe tres frases que solo tienen sentido si esta definición es correcta.

La primera está en su análisis de la violencia contra las mujeres trans. El castigo, dice, se impone para corregir cuando "la percepción primera del Otro no concuerda con la percepción posterior de lo que habría de ser el cuerpo de una mujer".[19] Lo que habría de ser el cuerpo de una mujer. Para explicar esa violencia, Duval necesita una norma del cuerpo femenino, la misma que su teoría declara convención.

La segunda está en su crítica de la ley trans: "la ley no debe ser un reflejo de identidades o reconocer todos y cada uno de los sentimientos de los individuos, sino de funcionamientos y órdenes sociales".[20] No hay orden social más antiguo ni más persistente que el de la reproducción. Por el criterio de Duval, eso es lo que la ley tiene que reflejar, y no la identidad que alguien declara.

La tercera también está en esa crítica. Si para ser trans no hace falta ningún cambio de aspecto, escribe, lo trans se vuelve "una realidad meramente enunciativa, que no pasa a ser si no es a través de un acto de habla", y lo que el acto de habla produce es una "corrección", porque el esquema sexual que el observador ya se formó "ocupa un lugar anterior a la palabra".[21] Lo que ocupa un lugar anterior a la palabra es el cuerpo. Duval escribió las tres frases y siguió adelante sin mirarlas, como quien tira las nueces a la basura junto con las cáscaras.

8. Leones de piedra

Queda un asunto de vocabulario, y lo trato con toda la maldad que merece. Yo digo "mujer trans" y nunca voy a decir "mujer cis". La razón está en los adjetivos. Hay adjetivos que especifican: "mujer uruguaya" o "mujer embarazada" nombran a una mujer y le agregan un rasgo, sin sacarla de la categoría. Y hay adjetivos que desplazan. Un ex senador ya no es senador, un presidente electo todavía no es presidente, un león de piedra no es un león. Los lógicos medievales los llamaban *alienantes*: no especifican al sustantivo, le quitan la extensión que tenía.[22] No hay nada ofensivo en ser un ex senador, que puede ser un hombre admirable, ni en ser un león de piedra, que puede ser una obra de arte. Simplemente no son lo que el sustantivo nombra.

Si mujer designa la clase de los cuerpos organizados para gestar, "trans" en "mujer trans" funciona así: no nombra un tipo de mujer, sino a alguien que hizo una transición hacia la forma social de mujer. Por eso la expresión me parece aceptable y hasta honesta: nombra un recorrido real sin afirmar una pertenencia que el cuerpo no sostiene. "Cis" hace lo contrario. Se inventó para que "mujer" pasara a ser un género con dos especies, como rubias y morenas, o como flacas y gordas. El par viene del latín, "de este lado" y "del otro lado", el mismo que usa la química para los isómeros: moléculas con la misma fórmula y distinta disposición en el espacio.[23] La imagen es exacta para lo que el término presupone, la misma sustancia con otra configuración, y aceptar la palabra es conceder esa tesis sin ha-

berla discutido. Si el "trans" de "mujer trans" es alienante, "mujer cis" es un pleonasmo, como decir "león de carne y hueso". Nadie necesita aclarar que un león es de carne y hueso, hasta que alguien empieza a contar los leones de piedra como leones.

Duval terminó su capítulo convencida de que a sus adversarias les quedaban pocas nueces. Las nueces estaban en la anisogamia, en Trivers, en el refrán de los nietos, en la testosterona que hay que suspender para gestar, y en tres frases de su propio texto. Lo que le faltaba a Duval era el cascanueces. Y el caballito de mar, que gesta, pare y sigue siendo macho, se lo podría haber prestado.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 6, «Inciso sobre el sujeto del feminismo». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, cap. 6, introducción, sobre el argumentario del PSOE firmado por Carmen Calvo y José Luis Ábalos en 2020.
3. Duval, cap. 6, introducción.
4. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
5. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
6. Luisa Posada Kubissa, *¿Quién hay en el espejo? Lo femenino en la filosofía contemporánea*, Madrid, Cátedra, 2019; citada en Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
7. Amelia Valcárcel, citada por Posada Kubissa y, a través de ella, en Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
8. Geoff A. Parker, R. Robin Baker y V. G. F. Smith, «The origin and evolution of gamete dimorphism and the male-female phenomenon», *Journal of Theoretical Biology*, 36 (3), 1972, pp. 529-553.
9. Kai N. Stölting y Anthony B. Wilson, «Male pregnancy in seahorses and pipefish: beyond the mammalian model», *BioEssays*, 29 (9), 2007, pp. 884-896.
10. Robert L. Trivers, «Parental investment and sexual selection», en Bernard Campbell (ed.), *Sexual Selection and the Descent of Man, 1871-1971*, Chicago, Aldine, 1972, pp. 136-179.
11. Richard Dawkins, *El gen egoísta* (1976), cap. 9, «La batalla de los sexos».
12. Refrán tradicional español.
13. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
14. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
15. Aristóteles, *Metafísica*, V, 22, 1022b22-1023a7, sobre la privación (*stéresis*).
16. Duval, «Prolegómenos».
17. Duval, cap. 4, fragmento 6.
18. Alexis D. Light et al., «Transgender men who experienced pregnancy after female-to-male gender transitioning», *Obstetrics & Gynecology*, 124 (6), 2014, pp. 1120-1127.
19. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
20. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
21. Ibid.
22. Peter T. Geach, «Good and Evil», *Analysis*, 17 (2), 1956, pp. 33-42, sobre los adjetivos atributivos; la noción de *adiectivum alienans* viene de la lógica medieval.
23. La distinción *cis/trans* designa en química orgánica la isomería geométrica; el término «cisgénero» se difundió en los años noventa.



VI

El cuerpo, después de todo

(o uranista, por las dudas)

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (VI): el capítulo final y el epílogo*

Dr. Fabián Coitinho

1. Derecho a réplica

Elizabeth Duval cierra *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario* (2021) con un saludo a sus interlocutoras. Les avisa que fue dura, incluso severa, y les recuerda con Hannah Arendt que pensar es pensar críticamente y que pensar críticamente es ser hostil. Después les pide algo que casi nadie pide en este debate: que consideren meritoria su parte de la discusión y ejerzan su derecho a réplica.[1] Esta es la sexta y última entrega de una lectura capítulo por capítulo de ese libro, y es, entre otras cosas, la aceptación de esa invitación.

Primero lo que corresponde. Duval es una filósofa brillante. Parte de premisas que en buena medida comparto, como que nadie elige su identidad o que la percepción organiza la violencia, y llega a conclusiones diametralmente opuestas a las mías; por eso mismo vale la pena leerla. Cuando algo le parece mal planteado lo dice, aunque venga de su propio campo, y no tiene ese purismo del activismo que no admite nada. Seguramente ayuda que nunca aceptó la etiqueta de activista: «¡Cómo voy a ser yo activista si no hago nada!».[2] Desde un marco liberal como el mío, encontrar a alguien que escribe desde su lugar conceptual y abre la discusión en vez de cerrarla es señal de que el pensamiento libre todavía tiene dónde respirar. Su epílogo lo dice en clave política: una izquierda punitivista no tendrá defensa el día que gobiernen los que siempre quisieron castigar.[3]

No todas las autoras conceden eso. Talia Mae Bettcher, otra filósofa trans rigurosa a la que hay que leer con cuidado para poder discutirla, avisa en *Beyond Personhood* que su trabajo se dirige a personas trans, no binarias y amigas, y que no cree en gastar saliva con transfóbicos.[4] Duval, en cambio, le escribe también a quien la va a contradecir. Lamento que reniegue de la exposición que la volvió cara de un movimiento (se cansó, dice, del Twitter activista, y no tiene ningún interés en repetir aquella ola mediática)[5], porque hacen falta interlocutoras con las que se pueda disentir sin dejar de conversar. La misma exigencia vale para el otro lado. Comparto muchas conclusiones del feminismo crítico del género y discrepo con el método y el tono de buena parte de sus filósofas. Nadie queda marcado para siempre por un dicho desafortunado, como si cargara un pecado original sin bautismo que lo lave, y Duval escribe como quien sabe eso.

Una confesión antes de las objeciones: leer cómo hace picadillo a Paul B. Preciado en su quinto capítulo me produjo un placer que en otro contexto habría que llamar orgásmico.[6] Lo que sigue son desacuerdos filosóficos, ninguno personal.

2. El reflujo visto desde adentro

El último capítulo abre con un balance. En 2015 lo trans tuvo en España una exposición mediática sin precedentes, centrada en los menores y sus familias, y Duval, adolescente, fue una de sus caras. Cinco años después constata un reflujo y se pregunta por qué el movimiento retrocede si los avances institucionales son tan tangibles. Su respuesta es organizativa. Se acabaron las figuras mediáticas, faltan asociaciones sólidas y articular a mujeres trans, hombres trans y personas no binarias, con sus diferencias de clase y de generación, le parece «prácticamente imposible».[7] Agrega que las movilizaciones nunca las condujeron mayoritariamente personas trans, sino asambleas transfeministas herederas de la teoría queer: una «divertidísima geometría variable».[8] Y concluye: «el colectivo trans no existe».[9]

Comparto el diagnóstico y le sumo una causa que se ve mejor desde adentro de la diversidad. El movimiento LGBT se volvió dogmático, y cuando dejó de ser LGBT para sumar letras sin fin se convirtió en un «vengan todos los que se sientan oprimidos». Algo se rompió, y se lo quiso pegar con Poxirrán. Si una persona que en teoría pertenece a la comunidad no se siente contenida en ella, algo está pasando, y cuando digo una persona hablo de mí. La redefinición de lo que significa ser gay o lesbiana produce en muchos de nosotros una sensación de borrado, y como en general somos hombres y blancos, la queja se despacha como la de otro machito patriarcal que pierde privilegios.

Gay quería decir hombre atraído sexualmente por hombres. El uso militante lo fue corriendo de «mismo sexo» a «mismo género», y con ese corrimiento la palabra dejó de nombrar mi experiencia. No me atrae una corporalidad femenina por más barba y músculo que tenga, y sostener que un gay puede desear a alguien con vagina, o una lesbiana a alguien con pene, contradice lo más elemental de lo que esas palabras nombraban. Sobre esto Duval me da la razón por adelantado: en su segundo capítulo escribe que es inútil pedirles a las lesbianas que deconstruyan su rechazo a los penes.[10] Lo que concede para ellas vale para nosotros.

Por eso, como provocación política y en nombre del respeto irrestricto a la autopercepción, anuncio mi nueva identidad: soy uranista. El término lo acuñó Karl Heinrich Ulrichs en 1864, y su fórmula era *anima muliebris virili corpore inclusa*, un alma de mujer encerrada en un cuerpo de varón.[11] Sé perfectamente lo que significaba, y es exactamente el «neoplatonismo de género» que Duval denuncia en su primer capítulo y vuelve a denunciar en este.[12] Ya que el movimiento queer me desespecificó la categoría, tomo una pieza de su prehistoria y me la quedo. Nadie me la puede discutir sin discutir la autopercepción, y no pienso dejar que nadie me la colonice. Si me preguntan mi orientación sexual, respondo uranista.

3. Las infancias que se llevó la marea

Duval califica de «cortoplacista y estéril»[13] la estrategia de centrar el movimiento en los menores y sus familias. Una vez conseguidas las reformas, todo se desactivó, y quedaron sin estructura las generaciones de mujeres trans empujadas a la calle y a la prostitución. Tiene razón. Desde la medicina agrego que la estrategia fue además equivocada, por un motivo que ella no menciona: la especificidad de los niños que tenían disforia de verdad se disolvió en la marea de autoidentificaciones infantiles.

Los criterios del DSM-5 para la disforia de género en la infancia ya incluían marcadores estereotipados, como preferir la ropa, los juguetes o los compañeros de juego del otro sexo. Pero exigían como condición obligatoria un deseo intenso de ser del otro sexo, o la insistencia en serlo, sostenido durante al menos seis meses.[14] Cuando la transición social pasa a depender de la declaración y de la lectura que hacen los adultos, esa condición se afloja y los estereotipos quedan trabajando solos. La literatura clínica anterior registraba, además, que buena parte de los niños con disforia que no persistían llegaban a adultos homosexuales.[15] La marea arrastra a los niños trans y también a los futuros gays y lesbianas, que antes eran simplemente chicos que no encajaban.

El riesgo es doble. Los niños con disforia real quedan subsumidos en una población mucho más amplia, y la reacción contra esa población amenaza con llevarse puesta la atención sanitaria específica que ellos necesitan. Duval escribió en 2020. Cuatro años después, la revisión independiente de los ser-

vicios ingleses de identidad de género para menores, el informe Cass, documentó la debilidad de la evidencia que sostenía buena parte de esas intervenciones.[16] El costo de haber diluido la categoría lo van a pagar quienes la necesitaban.

4. Los códigos se aflojan y se vuelven a apretar

La tesis social del capítulo es que la proliferación de subjetividades trans expresa un aflojamiento de los códigos del género, que se desligan «de ciertas nociones de genitalidad».[17] Lo que pasó con la infancia muestra la otra mitad del fenómeno: los códigos se aflojaron en un lugar y se volvieron a apretar en otro. El feminismo y el viejo movimiento gay pasaron décadas desarmando roles y estereotipos para que un varón pudiera jugar con muñecas sin que eso dijera nada sobre lo que era. Hoy esos mismos estereotipos regresan como indicio de que ahí podría haber una persona trans. El código se desató de la genitalidad para atarse de nuevo a la ropa y a los juguetes, y para quienes peleamos por la no conformidad de género eso es un retroceso.

5. Dos pacientes en la sala de espera

En el centro del capítulo hay un experimento mental. Dos personas idénticas en apariencia y en cómo se las percibe, que solo difieren en sus genitales: ¿hay que distinguirlas con las etiquetas «trans» y «cis»? Si así fuera, responde Duval, admitamos la hipocresía: estaríamos hablando de lo que alguien tiene entre las piernas y, en consecuencia, juzgándolo «anormal, perverso o monstruoso».[18] Y remata con otra pregunta: si dos cuerpos se perciben exactamente igual, ¿qué justifica darles dos etiquetas según una genitalidad o unos cromosomas que el observador solo imagina?[19] La pregunta merece respuesta, y se la doy con todo el respeto.

Para empezar, la premisa describe una percepción a distancia, y el propio libro muestra que la percepción se corrige. La lesbiana del segundo capítulo pierde el deseo al descubrir un pene donde su esquema suponía una vulva. Y Duval escribe que el pasado de un cuerpo se lee en la intimidad, «en el braille que encontramos en la piel del otro».[20] Dos cuerpos idénticos a la vista no son idénticos, y el libro lo prueba por su cuenta.

Después está la sala de espera. Soy médico, y dos pacientes idénticos sentados uno al lado del otro no reciben la misma atención: a uno le corresponde el control de próstata y a la otra el Papanicolaou. La clínica no clasifica por la apariencia, porque lo que se enferma es el cuerpo. Ahí está la justificación que Duval pide para distinguir por la genitalidad, y no contiene ningún juicio moral. Distinguir al caballito de mar de la yegua no condena a ninguno de los dos. El salto de «distinguimos» a «juzgamos monstruoso» lo da ella, y al darlo moraliza los genitales que acusa a los demás de moralizar.

Queda la etiqueta. Su experimento necesita dos, «trans» y «cis», y yo uso una sola. El término «cis» no lo uso y lo rechazo de manera explícita: no agrega ninguna precisión sobre las personas que no son trans y presupone justamente lo que acá se discute, que hay una identidad y un sexo que coinciden, como si hiciera falta nombrar la coincidencia de una cosa consigo misma. A una de las dos personas del experimento la llamo mujer. A la otra, mujer trans, y sé que ese adjetivo nombra un tránsito real, el mismo que Duval pone en el centro de su tesis.

6. El movimiento y la decisión política

La tesis final del libro la acepto: lo trans no constituye una categoría de identificación ni una posición dentro del sistema del género, y funciona como «el significante de un movimiento dentro de ese mismo sistema y para con el sistema».[21] Acepto también las razones por las que, según Duval, se es trans en presente. Se lo es porque se está en un tránsito no terminado, porque el tránsito no se puede ocultar o por la decisión política de reivindicarse trans aunque se pudiera pasar inadvertida. Esta última razón es el problema mayor, y conviene decir por qué.

Las otras dos razones están atadas a un cuerpo que cambia o que no puede disimular el cambio. La decisión política despega la categoría de toda incongruencia y de todo cambio, y entonces cualquiera puede entrar. Por esa puerta pasa el tipo de barba y pecho peludo que no modificó nada y se declara mujer trans. No lo acepto, y me parece una falta de respeto hacia las mujeres trans que conocí cuando andaba con las travestis para arriba y para abajo, que pagaron con el cuerpo lo que él se ahorra con una frase. Duval sí lo acepta, pero le pone el nombre exacto. En el capítulo anterior concede que no haga falta ningún cambio de comportamiento ni de aspecto («¿y por qué no lo compraríamos?») y saca la consecuencia: lo trans pasaría a ser «una realidad meramente enunciativa, que no pasa a ser si no es a través de un acto de habla».[22] Lo que ella describe con serenidad es lo que yo rechazo, una categoría que existe mientras se la pronuncia.

Lo no binario nace, según Duval, de esa misma decisión política, y ella le marca el límite con precisión. Una persona no binaria solo puede ser leída como tal si lo dice, y aun entonces lo que obtiene es una corrección de la primera percepción, sin alterar el esquema sexual que el otro presupone.[23] Lo que hay ahí es un predicado puesto sobre un cuerpo que ya fue percibido, y el asunto merece un ensayo aparte.

7. El derecho a pasar

Duval lee el deseo de pasar inadvertida como un producto. Las democracias liberales, dice, quieren ciudadanos conformes a la norma del género y de la belleza. Por eso insisten en transicionar cuanto antes, para que no se noten las huellas de la pubertad masculina, y usan a los cuerpos trans no conformes como propaganda, para que el resto se sienta en consonancia con su género y no encuentre motivo para rebelarse. Muchas personas trans, constata, quieren que lo trans quede como un «haber sido».[24]

Que lo quieran me parece razón suficiente para respetarlo. Si alguien desea asimilarse y vivir sin que su historia lo marque en cada mostrador, nadie tiene derecho a cooptar ese deseo para una causa. Y si sus estándares de belleza son los de su época, no se le puede exigir que los cambie por su cuenta. Esos estándares pertenecen a la masa entera, a la *massa damnata*, como llamaba San Agustín de Hipona a la humanidad caída que somos todos juntos.[25] La masa cambia, pero en tiempos que no son los de una vida, y lo que cambia lento no se fuerza.

Hay además una razón fenomenológica. Lo predicativo se puede intentar modificar, sea un nombre o un documento. A veces funciona y a veces falla, y falla porque debajo hay una vivencia antepredicativa que se resiste: la del cuerpo que se presenta frente a mí antes de que yo diga nada sobre él. Eso no se desestima con un discurso. En su epílogo, Duval prefiere pensar el capitalismo como un metabolismo antes que como una intención,[26] y con esa misma herramienta se puede leer la asimilación.

Las democracias liberales no conspiran para fabricar ciudadanos conformes; la gente quiere vivir tranquila y la masa tarda en cambiar. Respetar ese deseo no modifica nada de lo que sostengo sobre el sexo. Es la cortesía, defendida como un derecho del otro.

8. Lo que queda

Duval no quiere invalidar a Judith Butler ni a Preciado, que hicieron de lo no binario la promesa de un futuro sin género.[27] Yo sí quiero, en cada ocasión que haya, y lo que invalido son sus teorías, no sus personas. A Preciado, además, ni siquiera lo considero un pensador. Es un artista, y Duval me da la clave: en su quinto capítulo propone leer el *Manifiesto contrasexual* «como una obra estética queer».[28] Acepto la propuesta y le cobro la consecuencia. Si es obra estética, que la juzgue la crítica de arte y no la teoría política. El arte y la filosofía pueden convivir, siempre que ninguna se haga pasar por la otra, porque las disciplinas no transicionan.

Para una política posible queda separar a quienes se oponen. Los sectores religiosos con prejuicios reales, sean cristianos o musulmanes, son una cosa; la ultraderecha es otra. Las feministas críticas del género son una tercera, y con ellas todavía es posible un reencuentro si dejamos de querer colonizar la opinión y la expresión de los demás. Duval las agrupa a todas bajo «transexcluyentes»; yo no. Hoy cada sector es el muñeco de paja del otro, y cuando a la paja se le echa fuego lo único que se consigue es que arda, y que el incendio crezca.

Y queda contestar la pregunta con que Duval cierra su capítulo: «¿Y qué nos quedará, después de lo trans, a quienes una vez lo fuimos y ya no quisimos nunca más serlo?».[29] Ella escribe que veremos el fin de la civilización humana antes que el fin del género, y que el género nunca será una lengua muerta.[30] Estoy de acuerdo, y creo saber por qué. A lo largo del libro Duval descartó la voluntad y mostró que la mirada se equivoca, hasta concluir que lo trans es un modificador adjetival y nunca un ente en sí mismo. Pero un adjetivo necesita un sustantivo, y el sustantivo estuvo todo el tiempo ahí, en el braille de la piel y en la «incapacidad gestante» que ella nombra cuando busca lo que comparte con otras mujeres trans.[31] En su segundo capítulo escribió que «el cuerpo es lo que es objetivo»;[32] le faltó llamarlo sexo. Después de lo trans, y después de todo, queda el cuerpo. Y yo, por las dudas, uranista.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), «Agradecimientos», donde cita a Hannah Arendt. La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, «Prolegómenos».
3. Duval, «Epílogo: una propuesta político-moral».
4. Talia Mae Bettcher, *Beyond Personhood: An Essay in Trans Philosophy*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2025, cap. «Getting "Real"», p. 12.
5. Duval, «Prolegómenos» y cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
6. Duval, cap. 5, «Nadie sabe lo que puede un ano emancipador: disputaciones con Paul B. Preciado».
7. Duval, cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
8. Ibid.
9. Ibid.
10. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
11. Karl Heinrich Ulrichs, «Inclusa» (1864), en *Forschungen über das Räthsel der mannmännlichen Liebe*.

12. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans», y cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
13. Duval, cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans», y nota [u] al cap. 7.
14. American Psychiatric Association, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 5.ª ed. (DSM-5), Washington D. C., 2013, «Gender Dysphoria in Children».
15. Madeleine S. C. Wallien y Peggy T. Cohen-Kettenis, «Psychosexual outcome of gender-dysphoric children», *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 47 (12), 2008, pp. 1413-1423.
16. Hilary Cass, *Independent Review of Gender Identity Services for Children and Young People: Final Report*, Londres, abril de 2024.
17. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
18. Ibid.
19. Ibid.
20. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
21. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
22. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
23. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
24. Ibid.
25. San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, XXI, 12.
26. Duval, «Epílogo: una propuesta político-moral».
27. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
28. Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
29. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
30. Ibid.
31. Duval, cap. 4, «Teología trans: el evangelio de la Veneno según Valeria Vegas (y los Javis)», fragmento 6.
32. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».